

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 1.—Núm. 5

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Agosto de 1909

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



VAN-DYCK.—LOS HIJOS DE CARLOS I DE INGLATERRA.—Galería Real de Turín

Hechos y Notas

HAN comenzado los pesados días grises y las crudas noches invernales de la vida santiaguina.

Las neblinas invaden la ciudad, se arrastran por las calles, envuelven en su velo nuestros monumentos, las estatuas blancas de los paseos, y dejan sus girones enredados en las altas ramas de los árboles en las Delicias, esa hermosísima y dilatada avenida que corta á Santiago como el paseo de la Rambla á Barcelona.

Por la tarde, vuelven lentamente del trabajo los obreros cansados, con las manos en los bolsillos y paquetes bajo el brazo, tal vez alguna golosina ó ropa que destinan á sus chicos; se encaminan al conventillo de extramuros, en el cual tienen su vivienda insalubre y lamentable. Es la eterna y dolorosa historia de la lucha por la vida, que nunca llegarán á vislumbrar los felices en toda la plenitud de su intensidad dolorosa.

La sirena de algún automóvil resuena entre los rumores de la tarde, y el vehículo pasa como un relámpago por el asfalto de Trinidad, aprovechando la única parte corriente, en la cual Santiago no se ha convertido todavía en montaña rusa, entre los cerros del alcantarillado y los abismos del agua potable.

Todos nuestros progresos vienen resultando así, algo cojos, y la vanidosa capital de Chile, como el personaje del cuento andaluz, cojea... de los dos piés. Con razón se han ocupado brillantemente algunos escritores, entre los cuales se ha distinguido el señor don Rafael Sanhueza Lizardi, en hablarnos de la transformación de Santiago, que debe convertirse, alguna vez, en ciudad del todo moderna, comfortable y agradable, centro de civilización y de cultura.

Los elementos que la naturaleza le ha dado son de todo punto deliciosos. Tenemos el más grandioso de los espectáculos en la Cordillera de los Andes con sus volcanes y picos admirables, encaperuzados en nieve, sobre la cual pinta el sol poniente sus combinaciones ideales de colores y de líneas. Pero nos pasa lo propio que á los maridos casados con mujeres bonitas: al fin y al cabo, á fuerza de verlas, vienen á encontrarlas iguales á todas las demás. En cambio, no les pasa lo mismo á los casados con mujeres feas...

¿Y qué decir del clima de la zona central y de Santiago de Chile? Que con razón á los valles próximos les llamaron los conquistadores españoles "valles del Paraíso". Poseemos una temperatura deliciosa y siempre suave, en todas partes, salvo en el recinto del Teatro Municipal, donde es tan fría que recuerda el polo y hasta Dios tiritita, en beneficio exclusivo de los doctores. El clima de Cannes y de Niza, á donde van á invernar los millonarios ingleses y franceses, y ahora también los alemanes, no puede compararse con la suavidad encantadora del clima santiaguino.

Los habitantes, en cambio, nos hemos esforzado en hacernos vida dura y en procurarnos todo género de

mortificaciones y cilicios, aún cuando no sean obra del espíritu cristiano. Si se anda por las calles, á lo mejor el paseante se hunde en las zanjas de los alcantarillados particulares, cuidadosamente preparados para que cualquiera se rompa una pierna ó, lo que es más desagradable todavía, el pantalón. Si se transita en coche, es preciso llevar con paciencia las horribles sacudidas de las calles, cubiertas de protuberancias y de hoyos como los mapas de la luna; el viajero ya no se romperá los pantalones, más, en cambio, corre peligro de aboyarse el sombrero de copa, que cuesta cuarenta, á menos que lo lleve en la mano y atrape un resfriado con gastos de médico y otras circunstancias agravantes.

No hablamos, por cierto, de los olores que se perciben en todas las esquinas de las calles, junto á la boca de las alcantarillas, y que recuerdan lo que decía Don Quijote á Sancho, después del sustazo de cierta aventura: "nó hueles, Sancho, precisamente á rosa..."

Aquello, á las doce de la noche, ó dos de la mañana, es precisamente inconcebible, y los pobres jóvenes que vuelven de alguna fiesta con el alma henchida de ideales y el corazón palpitante de ilusiones, es difícil que resistan con firmeza los desencantos prosaicos del alcantarillado público. Resulta que, como los tubos no llevan el agua suficiente, se desprende todo género de gases malsanos é inconvenientes. Son colecciones de tifus, de fiebres infecciosas y otras enfermedades acumuladas con todas las variedades de microbios—y que contemplados bajo el microscopio suelen ser interesantes—salen de esos receptáculos, á la media noche, como las brujas de las leyendas.



Santiago se transforma lentamente. Como el personaje de la comedia puede exclamar: "Madrid ya no es Madrid; la calle de la Ternera ya no existe". Del antiguo Santiago colonial, fundado por Pedro de Valdivia, va quedando poco, pero ese poco es feo y es necesario removerlo, pulverizarlo, arrojarlo muy lejos. No hablamos, naturalmente, de aquellas hermosas antigüedades, como la Catedral de Santiago, profanada por los estucos y ladrillos modernos y que precisamente era digna de ser conservada, ni de templos como el de Santo Domingo, consagrados por la patina del tiempo y por su elegante sencillez, sino de los viejos edificios sin arquitectura ni estilo, contruídos por un albañil cualquiera hace doscientos años.

Es preciso luchar por la transformación de Santiago, tal como la soñaba la imaginación maravillosa de Vicuña Mackenna y como la defiende con su elegante pluma el señor Sanhueza Lizardi. La ciudad del porvenir estará cruzada de anchas avenidas, con hermosos y encumbrados edificios contruídos á prueba de temblores, con arcos de hierro. La vegetación crecerá lozana en los paseos, con palmeras,

encinas y olmos, y plazas donde los niños jueguen cantando sus rondas infantiles. El agua será tan abundante que alcance hasta para beberla, aún cuando con esto disminuya el alcoholismo y cierren sus puertas los bars y cantinas. En la ciudad del futuro no se transportará ya variolosos en coches de posta.

Abrirán sus puertas una veintena de teatros y de café-conciertos con magníficas compañías dramáticas y de ópera. En todas las casas habrá caloríferos ó chimeneas, y hasta los suplementeros se reirán de

aquello de "que el frío es bueno para la salud y entona". Se podrá permanecer en un salón, durante el invierno, sin abrigo de pieles. No existirán trusts que compren todas las frutas y las revendan cobrando treinta veces su valor. En fin... la ciudad de Santiago, una vez transformada, será seguramente encantadora, y nuestros bisnietos, que vivirán por lo menos unos doscientos años, se preguntarán, asombrados, ¿por qué sería tan corta la vida en aquellos tiempos lejanos de 1909?

Un caso de cobardía doble

S. E. el Presidente de Bolivia, don Andrés de Santa Cruz, se estaba comiendo al Perú... Así se lo aseguraba don Diego Portales á su amigo don José Joaquín Pérez, en carta confidencial que le escribía con la llaneza pintoresca y á veces tan ruda como enérgica de su estilo netamente chileno.

Santa Cruz habíase consagrado, con la fuerza de sus armas y las armas de su astucia, nada menos que Supremo Protector de la Confederación Perú-boliviana. Portales, abandonando sus negocios, habia vuelto al Ministerio para conjurar los peligros que la formación de ese imperio militar engendraba para Chile, y don José Joaquín Pérez representaba á nuestro país ante el Gobierno argentino, ó sea, más propiamente, ante el famoso don Juan Manuel de Rozas, apellidado el tirano.

A objeto de contenerlo en esa intemperancia de gastronomía internacional y de arrancarle el bocado de entre los dientes, si era preciso, Chile envió contra el injusto forzador de la República hermana un ejército de dos mil seiscientos hombres que comandaba en jefe el general don Manuel Blanco Encalada.

La expedición partió de Valparaíso en Septiembre de 1837 y poco más tarde llegaba á la ciudad de Arequipa, después de perder una de sus naves y de cruzar los arenales resecos de un horrible desierto de cuarenta leguas.

Muchos peruanos eminentes que combatían la dominación de la patria por las tropas bolivianas, tanto más humillante, á su juicio, cuanto que Santa Cruz, á quien miraban en menos, no era para ellos más que un indio, y Bolivia, á la cual no apreciaban más, no habia sido hasta entonces sino una dependencia serrana y estéril, habían engañado á Blanco con promesas que nadie cumplió.

Arequipa no se levantó en favor del ejército que llegaba á libertarla, y Blanco, bloqueado por aquel desierto y rodeado por un ejército de cinco mil hombres, salvó sus escasas tropas aceptando la capitulación de Paucarpata que le ofreció Santa Cruz, cuya política consistía en esos momentos en apartar buenamente á Chile del camino de sus ambiciones, en vez de obtener sobre él un triunfo pasajero que, antes que abatirlo, no haría más que alzarlo como un solo hombre en alas del orgullo nacional.

Este fracaso abrió los ojos del Gobierno chileno, como la luz de un relámpago que repentinamente deja ver la inmensidad de un cielo preñado de tempestades.

Desde luego, la guerra no era popular. Después la escasez de recursos rayaba en pobreza de solemnidad. Portales, alma de esa guerra, habia muerto asesinado. ¿Cómo sostener un ejér-

cito á tanta distancia y contra dos naciones que se habian preparado desde tiempo atrás? Cómo echarse encima tan enormes responsabilidades, sobre todo después de aquel traspiés que parecia un aviso providencial?

El Gobierno devoraba tan amargas ansiedades cuando el general Búlnes, sobrino del Presidente Prieto, arrastró las indecisiones tan fundadas de aquél, echando en el platillo de la guerra el peso de su espada vencedora.

El se ofrecía para mandar el nuevo ejército y prometía no volver sino triunfante.

Se desaprobó el tratado de Paucarpata; se continuó la guerra; Búlnes ocupó á Lima; la abandonó en seguida, huyendo de las perfidias de sus enemigos y de las traiciones del clima, tan pérfido como los hombres, y en un arranque de cóndor chileno, fué á refugiarse en las cumbres de la altiplanicie, seguro de que allí, en campo igual para ambos ejércitos, impondría á su adversario la dura ley del vencido.

Y así sucedió en efecto. En el combate del Puente de Buin quebró el orgullo militar del Supremo Protector, y el triunfo de Yungay pulverizó la grandeza cuasi real de su poder.



Búlnes, huyendo por la quebrada llamada El callejón de Haylas, seguido de cerca por Santa Cruz, como á eso de las tres de la tarde del 6 de Enero de 1839, salía del pueblo de Carhuas en dirección á Yungay, mandando en persona la retaguardia de su ejército, compuesta de los batallones Carampangue, Valdivia y Portales y del escuadrón de Lanceros.

Una hora antes habian salido con el mismo rumbo el Aconcagua, Santiago, Colchagua y Valparaíso, llevando entre cuerpo y cuerpo, la impedimenta de enfermos, ganados y parque. La caballería estaba ya en Yungay, la artillería en San Miguel y la retirada tenia por objeto la concentración de todas las fuerzas en el punto

céntrico de su línea de comunicaciones. Ningún temor abrigaba Búlnes por el éxito de este movimiento.

Santa Cruz quedaba á buena distancia y una partida de observación no le perdía de vista; pero ésta fué atacada por fuerzas contrarias, y un capitán Funes, que cayó prisionero, no sólo reveló al general enemigo el secreto de que Búlnes en esos momentos no tenía más que tres batallones y un escuadrón, y la gran distancia que lo separaba de su vanguardia, artillería y caballería, sino que, propasándose en su traición, llegó hasta evidenciar la facilidad de concluir con él y los suyos, bastando para ello que acelerara su marcha.

Santa Cruz, naturalmente, siguió el infame consejo; pero el



General don Manuel Búlnes

resto de la partida atacada logró avisar á Búlnes que el enemigo estaba á la vista, como á media legua de la población.

Desde ese instante los acontecimientos se precipitaron con todos los caracteres de una catástrofe. Búlnes salió con el general Castilla y los Lanceros en reconocimiento del enemigo, al que encontró cerca de las primeras casas del pueblo. No alcanzó á descubrir su número; pero parecía indudable que se venía encima con todas sus fuerzas.

Acontecía además que el tiempo amenazaba con una de esas tremendas y repentinas tempestades veraniegas de la sierra, en las que en un instante la lluvia torrencial convertía en torrentes furiosos el cauce seco de las quebradas y esteros.

A la salida de Carhuas, las tropas chilenas se veían detenidas por el riachuelo de Buin, sobre el cual no había más paso que el que ofrecía un puentecillo de tabloncillos sueltos. Fuerza era, pues, que los nuestros lo atravesaran cuanto antes; pero cerca ya de las cuatro de la tarde, se desató la tempestad que se temía. Retumba el trueno, dice el Boletín del Ejército, en las elevadas montañas y responde en el profundo y estrecho valle; cae el granizo con fuerza, brama el viento, hinchase el río y en pocos momentos se convierten en torrentes los caminos y avenidas, desatándose las aguas en cascadas sobre ellos y rodando enormes piedras y ramas de árboles por entre los pies de los caballos y de los soldados. Aquellos agachan la cabeza y se vuelven contra el viento á pesar de la espuela y esfuerzos del jinete; éstos descansan un momento y continúan alegres el camino, luchando con el agua á las rodillas contra todos los obstáculos y superando los precipicios.

“Un solo pensamiento parece preocuparlos. El general en jefe había quedado en el pueblo, protegiendo con su escuadrón la salida del Ejército á la vista del enemigo, y el escuadrón había vuelto hacía tiempo y el general no se divisaba...”

“Aparece, al fin, con su semblante risueño en medio de la retaguardia, y una salva universal de aplausos y vivas resuena entonces en la larga fila, y los gritos de ¡Viva el Perú! ¡Viva Chile! se mezclan al ruido de la tempestad que parece redoblar su furia.

“Se colocó el Valdivia sobre una cresta que dominaba el estrecho puente de Buin para proteger su paso difícil, y el batallón quedó formado en columna en la pendiente de la propia cresta.

“Al momento se descubrió á tiro de fusil sobre el camino real una mitad de caballería enemiga, y un instante después tres compañías de cazadores sobre la derecha, protegidas por un batallón.

“Como ya se hubiese desembarazado un tanto la marcha y no siendo prudente empeñar una fuerza considerable con un desfiladero á retaguardia, fué sustituido el batallón Valdivia por las compañías de cazadores del Carampangue y la suya, y atravesó el puente, tomando posición al lado opuesto”.

El Carampangue, Portales y Lanceros, á favor de los disparos del Valdivia, concluyeron de cruzar el puente y, volviendo caras, rompieron á su turno el fuego en colocaciones bien escogidas.

El Valdivia lo atravesó á su vez, batiéndose en retirada, y formó al lado de sus hermanos, empeñados ya en el desigual combate.

Los nuestros quedaron entonces en esta situación: adelante el puente sobre el torrente invadable; atrás el desfiladero que conducía á Yungay; encima la tempestad deshecha y bajo sus pies las aguas desbordadas y barrosas de mil quebradas que buscaban el cauce del Buin.

Este separaba á los dos ejércitos.

Viendo que poco á poco el combate de avanzadas se convertía en un formidable avance de los siete mil hombres que componían el Ejército de Santa Cruz contra los mil cuatrocientos de que constaba el suyo, Búlnes sacó del fuego al batallón Carampangue y lo guardó de reserva para el último instante, salvo la compañía de Cazadores que dejó sobre el mismo puente.

Afortunadamente, el batallón Valparaíso, avisado á tiempo, había deshecho su jornada y entraba al campo de batalla á las cinco y media de la tarde, avanzando “en columnas con un orden admirable” para reemplazar al Valdivia que había agotado sus municiones.

El enemigo trató de cañonearlo con sus dos piezas de artillería; pero “sin ningún acierto”. “A ese tiempo empezaba la noche, el fuego de su infantería se debilitaba, y á nuestro campo llegaba jadeante pero animoso el batallón Colchagua; más éste ya “no tuvo lugar en la función”, dice el parte oficial.

El mismo parte refiere estos detalles: “En las dos primeras horas de combate, fué atacado el puente por el enemigo en dos distintas ocasiones, aunque con pocas fuerzas, la mayor como de cuarenta á cincuenta hombres y casi sin ningún oficial, siendo siempre rechazados y cargados hasta el mismo campo, la primera vez por el teniente Aguirre y el subteniente Colipí (araucaño), con sólo seis cazadores del Portales, á cuya pequeña fuerza se reunió el siempre bravo mayor del mismo cuerpo, don Juan Torres, y los no menos valientes capitanes don Antonio Faez y don F. Gallardo, del batallón Valdivia, y los subtenientes del Portales, don Juan Goñi y don Fermín Alvarez; y la segunda por el esforzado Colipí, que desde la primera carga permaneció del otro lado del puente sosteniendo dicho punto, y que, rodeado de cuarenta soldados de los tres cuerpos, no sólo resistió

el fuego sino que, cargando á la bayoneta por lo más escarpado del barranco, sufrían las galgas que por él desgajaba el enemigo que no tenía valor para esperarle cuerpo á cuerpo”.



Acompañaban al general en el combate, á mas del general Castilla, el general Torrico, don Victoriano Garrido, sus ayudantes de campo, don Francisco Antonio Perez, don José Manuel Lecaros, don Santiago Amengual y el capellán don Vicente Orrego.

En un momento en que recorría sus líneas sólo con Amengual, Búlnes divisó un cuerpo tendido en el suelo y á cubierto de las balas. Acercándose más vió que tenía insignias de oficial chileno. Estaba boca abajo y la gorra con sus dos galones le cubría la nuca.

Dándole por muerto, Búlnes ordenó á Amengual que se apease con el objeto de reconocerlo.

No tenía más herida que la del miedo invencible que le había sacado del peligro.

Búlnes hizo retirarse á Amengual y, á solas con el cobarde, se le fué al pecho en uno de esos arranques de cólera que, por fortuna, eran en él como las tempestades de la sierra, tan violentas como pasajeras.

—Mi general, díjole el desdichado con lágrimas en los ojos, me acordé de mis hijos que son muchos y tuve miedo á la muerte, ¡pero yo le juro que volveré por mi honor!...

—Acepto su juramento, respondió el general, y esto no saldrá de nosotros dos!



Apagados los fuegos del enemigo, Búlnes intentó asaltar el campo de Santa Cruz y concluir la jornada con un combate á la bayoneta, un esquinazo á cuchillo, como decían los soldados; pero el bravo Colipí, cuando anocheció completamente y cuando era dueño del puente, lo cortó sin orden para ello, llevado sólo de su celo “por creerlo conveniente”.

Un vado que se ensayó en subsidio había desaparecido también.

Búlnes sepultó en el torrente noventa y tres muertos y á las once de la noche siguió su marcha á Yungay, llevando doscientos veinte heridos.

El enemigo contaba por su parte unas cuatrocientas bajas.

No había sido, pues, aquel 6 de Enero una Pascua de Negros para los serranos del Protector; pero no hay para qué decir que si Búlnes no le pega primero, aquél lo habría hecho de una vez por todas.

Búlnes llegó tranquilamente á Yungay con su vanguardia vencedora, y desde ahí dirigió al resto del Ejército una proclama en la cual le decía:

“Vuestros compañeros de la reserva han vencido ayer en el pente de Buin: tenían contra sí la superioridad del número, la de las armas, la posición y hasta los elementos; pero todo lo han superado con heroica constancia y con su acostumbrado valor; ¡gracias les sean dadas por la patria!

“¡Soldados! os anuncio un próximo triunfo”...

Por la orden del día de la misma fecha concedió á los más bravos un “escudo de ventaja” que debía llevar esta inscripción: “Se distinguió entre los valientes del puente de Buin”, y ascendió á subteniente de infantería al sargento del Carampangue, José Segundo Robles, “recomendado en primer lugar y que había recibido dos heridas”.

Catorce días después, Búlnes y Santa Cruz volvían á encontrarse frente á frente sobre el campo de Yungay, cada uno con el total de sus fuerzas; pero éste tras de sus barrancas y trincheras, y aquél á pecho descubierto en el largo trecho que hubo de andar para llegar hasta ellas.

Como se sabe, aquella gloriosa cuanto sangrienta jornada tuvo mil episodios heroicos; pero entre todas sobresalió una que por motivos particulares conmovió hondamente al general chileno.

Refería él mismo, años después, que en uno de los momentos más encarnizados de la lucha vió que un oficial de infantería avanzaba locamente de la posición en que se batía el Portales y, parándose al fin sobre el muro de una de las trincheras enemigas, desplegaba al viento una bandera chilena.

Un viva inmenso saludó la hazaña estupenda de aquel héroe; pero á los pocos instantes la bandera se inclinaba sobre su asta tronchada y el oficial caía fuera de la muralla, acribillado á balazos.

¡Impresionado por tan grandioso valor, Búlnes envió á uno de sus ayudantes para saber quién era ese oficial y socorrerle si aún vivía.

Estaba muerto con la bandera en sus manos crispadas y era el mismo cobarde del puente de Buin...

Pero esta vez había tenido miedo á una cosa más negra que la muerte: á vivir con la infamia de su cobardía y así dejaba cumplido el juramento hecho á su general.

I. CONCHALI



Retrato del General Borgoño, por R. Monvoisin

El arte del retrato y su importancia histórica

(A propósito del pintor Monvoisin)

(A S. E. Mr. Paul Desprez, Ministre de France)

UNA noche de primavera, allá por los años 93 ó 94, después de un ensayo de no sé qué comedia en el Teatro Libre, remontábamos una calle del barrio Montmartre, Antoine, el director entonces de ese teatro y hoy del Odeon, Maurice Donnay, el autor dramático, el poeta y también autor dramático, Vaucaire, y el que estas líneas escribe. Eran los tiempos heroicos del Teatro Libre, cuando Antoine, pocos años antes modesto empleado de la Compañía del Gas, había logrado, por su genio teatral y su voluntad de hierro, primero interesar y muy pronto entusiasmar á los intelectuales de París, hasta provocar un gran movimiento en el arte dramático, rompiendo los viejos moldes, renovando las fórmulas del arte escénico y dando campo, abriendo horizontes á toda una pléyade de jóvenes literatos, delante de los cuales las puertas de todos los teatros de París quedaban obstinadamente cerradas...

Durante cinco ó seis años, la modesta sala de la calle Blanche, donde se hacían los ensayos de las comedias, vió desfilar todo lo que París contaba de literatos ilustres, poetas, críticos franceses y extranjeros desde los Zola, Goncourt, France, Barrés, Mendes, etc., hasta los más asustados principiantes, hoy día gloriosos como sus mayores, Brioux, Donnay, Courteline, Wolff, Coolus, para no hablar sino de los más famosos. ¡Qué días aquellos de intensa intelectualidad, de apasionamientos, de luchas, de odios, de entusiasmos! En este cinematógrafo de la vida artística y literaria de París, quedaba siempre un pequeño grupo más compacto, más unido de fieles y de amigos íntimos, entre los cuales se agitaban, se discutían todas las cuestiones intelectuales, se removían todas las ideas con una pasión, con una parcialidad, con una injusticia! verdaderamente admirables, puesto que sin eso, sin esta parcialidad, sin este absolutismo de las ideas en la juventud no se haría ninguna obra fuerte y genial!

Esa noche, la conversación había llegado á tratar de la preeminencia de un arte sobre los otros, y debo confesar que el mío, el de la pintura, quedaba muy maltratado por mis compañeros, que le tildaban de demasiado objetivo, material, estrecho de horizontes é incapaz de despertar ideas infinitas como la literatura y la poesía. Yo, naturalmente, defendía mi bandera; pero, solo y contra tan temibles adversarios, era de antemano derrotado y aplastado bajo el peso de su desdén! Sin embargo, creo que uno de mis argumentos logró impresionarlos ó por lo menos no supieron contestarle nada.

Era el siguiente:

¿Qué literatura, qué memorias, qué historia, les decía, puede darnos una idea de las épocas pasadas como lo hacen los cuadros y los retratos pintados en esas épocas? La historia, escrita compulsando los archivos, acumulando documentos, es,

para darnos una idea gráfica de una época determinada, ó de una frialdad desesperante si el autor es simplemente metódico, y sin otra ambición que procurar ser exacto, ó de una falsedad estupenda si el que la escribe pretende sacar de ella una filosofía y defender una tesis que son puramente suyas; en este caso, la obra vale por la tesis defendida, por el talento literario, por el genio del autor; pero éste, en el fondo, nos engaña y nos quiere obligar á ver las cosas á través de su cerebro y de sus ideas. Las memorias del tiempo tienen generalmente más vida, más colorido; pero, por sugestivas que sean, ¿cómo podrían

grabar en nuestros cerebros imágenes reales, materiales, presentar ante nuestros ojos escenas vívidas, si no tuviéramos para ilustrarlas las pinturas de la época? Y, además, hablando de estas memorias, ¿qué de contradicciones entre las de una misma época, escritas sin embargo por los testigos oculares de los mismos acontecimientos! Si el autor no tiene talento literario, es muy difícil que lo que escribe pueda interesar por la sola relación de los hechos; si, al contrario, lo tiene ó tiene genio, su personalidad se sobrepone y ya no tenemos hechos exactos sino interpretados y disfrazados por el genio del autor: una fotografía retocada, arreglada, disfrazada...

El mayor de los memorialistas, el maestro, Saint-Simon, á pesar de su pretensión de ser un cronista frío é imparcial, hace estallar á cada momento el molde en que él mismo cree haberse encerrado, y rompe la cadena con que ha atado su pluma. Pasando al otro extremo, Dangeau no es sino un redactor de la Vida Social; ni el uno ni el otro nos dan una idea exacta,

gráfica, completa de su época, de lo que era la Corte de Luis el Grande, con la intensidad y la rapidez que lo hace una simple visita al palacio de Versailles mirando los retratos de Le Brun y de Mignard.

¿Quién perpetúa el recuerdo de la época del esplendor de la Holanda y de los países flamencos, quién nos hace tan familiar, tan íntima, que parece que hemos vivido en ella, á esta sociedad de ricos mercaderes, de opulentos y plácidos burgueses, de inteligentes síndicos, sino los cuadros y sobre todo los retratos de Rembrandt, de Franz Hals, y también de Gerard Dow, de Terburg y de toda la pléyade de los pintores de la época? Diré más: ¿quedaría algo de todo este trozo de civilización, fuera de la relación de los hechos históricos en que tomó parte la casa de Orange, sin estas admirables pinturas?

Y, como contraste violento, atravesando Francia y llegando á España, tenemos las obras de Velasquez, de El Greco, de Carreño, que ponen ante nuestros ojos la pesada tristeza, el tético aspecto, la letal atmósfera de la Corte de España, desde Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones, y nos muestran tam-



Retrato (por Monvoisin)

bién la miseria que roe la España entera hasta los huesos; la España que perece del exceso mismo de su grandeza y de la desmesurada extensión de su imperio, que la ha despoblado y vaciado de hombres.

¿Qué documentos, qué memorias, qué comentarios históricos podrían grabar en nuestro espíritu la espectral figura de Felipe IV como lo hacen los retratos de Velásquez, "estos retratos,— dice Paul de Saint-Victor— pintados por Velásquez bajo todos sus aspectos y á distintas edades? Que tenga veinte años, que tenga sesenta, que sea representado en una cacería ó en la guerra, ginete en un caballo en el campo de batalla ó de rodillas en su oratorio, él muestra siempre la misma máscara taciturna y descolorida, de labio colgando, de ojos soñolientos. Esta mirada vaga que se fijaba en toda parte, sin que brillara rayo visual, espantaba ya á sus contemporáneos... Para quien conoce la historia de su reinado, Felipe IV parece desviar la mirada para no ver el cadáver de España, yaciendo á sus piés". ¿Habría podido Saint-Victor dar el admirable colorido á su magistral estudio sobre la Corte de España de Carlos II, á que pertenecen las líneas anteriores, si no se hubiera impregnado del espíritu de las obras de Velásquez, de El Greco, de Zurbarán, de Herrera el Viejo?

Me parece que nó. Revisando todas las épocas de la historia, veremos que las que quedan más vivas, más familiares á nuestra imaginación, son las que han legado mejores retratos. En Francia solamente, cuando evocamos los reinados de Luis XIV, de Luis XV y de Luis XVI, lo primero que se presenta á nuestra imaginación es la serie de las magestuosas y nobles figuras de Le Brun; enseguida, las distinguidas, sensuales y vagamente divinizadas mujeres de Van Loo y de Nattier, y por último con Mme. Vigée-Lebrun, con Greuze, con Latour la gracia algo melindrosa de la Corte de María Antonieta. Sin conocer nada de la historia clásica de estas distintas épocas, estos cuadros bastarían para hacerla sentir y adivinar.

Es cierto que desde la mitad del siglo pasado, el descubrimiento de la fotografía con sus progresos tan rápidos y prodigiosos hasta los cinematógrafos actuales, parece haber quitado á la pintura este elemento de documentación directa y única; pero, de todos modos, eso no suprimiría, sino que, al contrario, confirmaría su importantísimo papel en este punto de vista especial, en todas las épocas anteriores. El lado puramente artístico del retrato, desde el advenimiento de la fotografía, toma más importancia si se quiere, ya que el interés documentario es menor, pero sin que este interés particular desaparezca del todo. Porque, ¿qué fotografía simbolizará toda una generación como lo hace, por ejemplo, este admirable retrato de Bertin, célebre financista y hombre público, pintado por Ingres, retrato en el cual el rival del autor, su enemigo y admirador, Delacroix, el artista genial y el aristócrata refinado, veía representada "toda esta burguesía advenediza del reinado de Luis Felipe, que había venido á sentar su grueso... (aquí la palabra gorda) sobre la sociedad moderna"? Y ahora mismo, en pleno apogeo de la fotografía instantánea negra y en colores, ¿quién dará á las generaciones futuras una idea exacta de la elegante *nevrose*, de la inquieta espiritualización *fin de siècle* y *nouveau siècle*, sino los Whistles, los Boldini, Blanche, Sargent y tutti quanti!... ¡Y es á este arte, decía á mis amigos, que ustedes reprochan el ser poco intelectual, y al que niegan la facultad de evocar!

Esta conversación, esta discusión artística, recuerdo ya lejano de una noche parisiense, me volvió á la memoria, cuando "Selecta" me hizo el honor de pedirme algunas impresiones sobre el pintor Monvoisin, cuyo nombre y obra se hallan tan vinculados con toda una generación santiaguina: por las circunstancias mismas en que se encontró Monvoisin, su labor en Chile venía á confirmar á mis ojos, de una manera completa, todas las mal hilvanadas ideas que había querido expresar en esta conversación á *bâtons rompus*.

Efectivamente, Monvoisin, llegando á Chile en una época en que la dificultad de las comunicaciones ponía al país á mil le-

guas más lejos de Europa que ahora; en que ninguna manifestación artística se había producido todavía; en que ni siquiera existía la idea de que esta manifestación pudiera producirse, encontraba un terreno completamente vírgen, donde debía, en materia artística, ser soberano señor y maestro. Las naturales pero vagas aspiraciones artísticas de una sociedad recién nacida á la vida de nación independiente, pero de antemano y por sus orígenes ya profundamente culta y refinada, encontraban en la llegada de este artista de talento, inesperadamente caído del cielo del arte, una magnífica ocasión de manifestarse y desarrollarse. Monvoisin era una especie de Mesías artístico del hemisferio austral.

Con él las familias de la aristocracia chilena tenían, además, la ocasión de reanudar, en el país nuevo, esta tradición de todas las antiguas aristocracias, la de dejar á sus descendientes los retratos de los jefes y personajes principales de cada familia. Monvoisin, tuvo, pues, nada más que en retratos, más trabajos

casi que los que él podía hacer, y nos ha dejado toda una serie de imágenes que, para mí, dicen más sobre lo que era la sociedad que él pintó, sobre sus costumbres patriarcales, su dignidad un poco pomposa, sus actitudes algo *surannées* pero llenas de distinción, de pulcritud y del sentimiento del propio decoro, que todo lo que se ha podido ó se podrá escribir sobre este tema. ¡Y qué admirablemente cuadran estos retratos con lo que se sabe de los modelos! Diré más: ¿cómo contribuyen á prestigiar, á hacer todavía más respetables, completándolos á nuestros ojos, haciéndonos ver el paralelismo de su aspecto físico con su aspecto intelectual y moral, á estos hombres de la época de los grandes estadistas, de los grandes legisladores, que supieron dar á Chile una constitución tan sólida, de principios tan fuertes y honrados, que ella puede servir de modelo no solamente á muchas de sus hermanas de la América del Sur sino también á más de una nación del Viejo Mundo! Qué magnífica, qué única ilustración de los primeros tiempos de Chile libre, la de todos estos retratos de caballeros y de grandes damas que pintó Monvoisin! El Gobierno de Chile debiera vigilar, diré más aún, catalogar estos retratos, para no dejar que ninguno se perdiera ó desapareciera, cuando por extinción de ramas de una familia ó dispersión de sus miembros, cualquiera de estos preciosos documentos vuelva á caer en el dominio público. Empleo á propio intento la palabra "documentos" porque, si no todas estas telas

tienen el mismo valor artístico, muy grande en varias de las que conozco, á ninguna le falta este valer documentario, cuya importancia procuré demostrar en la primera parte de este estudio.

Hablando ya del valer artístico de las obras de Monvoisin, se puede decir que, si su obra en Chile es algo desigual y si no tienen todos sus retratos el mismo mérito, todos sin embargo dejan ver al artista de talento, muy concienzudo y penetrado de la dignidad del arte, conocedor de los recursos del oficio y perteneciendo, es cierto, á una escuela que nos parece hoy anticuada y algo amanerada, pero cuyo estilo está admirablemente adecuado á las figuras que dejó retratadas. Por eso, la apariencia "demodée" de su pintura choca mucho menos en sus retratos que en sus cuadros históricos ó de género, porque, confirmando lo que decía anteriormente, la pintura queda en armonía con el modelo; y que este estilo, hoy anticuado, siendo el mismo de todo lo de la época del retrato, contribuye á completar "á l'insu" del pintor mismo y, sin que éste lo haya pensado y querido, la caracterización de toda una generación.

Como pintor, Monvoisin perteneció á la generación que fué, si se puede decir así, á caballo entre la escuela rígidamente clásica de David y la romántica de Delacroix y de Decamps; las principales cabezas de esta escuela de transición fueron el barón Gros y Gericault, el primero más clásico, el segundo más revolucionario: ciertos retratos de Monvoisin, sobre todo el del obispo Elizondo, una de las joyas del Museo de Bellas Artes, recuerda mucho la manera de Gros por el estilo, la factura y el colorido; ciertas otras parecen más bien inspiradas por el estilo de Ingres, sin tener, sin embargo, la autoridad y el implacable



El Obispo señor Elizondo (por Monvoisin)

carácter de este gran maestro. En fin, he visto algunos también que me han hecho pensar en los de Wenterhalter, el pintor de las Cortes europeas en la época de Luis Felipe y de Napoleón III.

La misma vacilación en el estilo se nota en los cuadros de composición de Monvoisin, que nos dan, por eso, la impresión de que son obras de un espíritu algo incierto, sin grandes convicciones y sin la voluntad que hace los grandes maestros, los que se imponen como genios, si no siempre á sus contemporáneos, por lo menos á la posteridad. Sin salir de la Galería del Palacio Cousiño, le vemos pasar del estilo más friamente clásico, con el Niño pescador, á una tentativa netamente romántica en el gran cuadro oriental de Ali-Pachá, tocando también, con "Los Girondinos", al género histórico-romántico, inventado y puesto

de moda por Delaroche y Ary Scheffer. Tanto eclecticismo debe forzosamente perjudicar á la personalidad y originalidad del artista: quien vacila entre tantas escuelas, difícilmente puede tener un estilo propio y original.

Sin embargo, Monvoisin ocupa en la misma Francia un lugar muy honroso entre los artistas de su generación, y en América, particularmente en Chile, tendrá la gloria de haber sido el verdadero iniciador de las Bellas Artes y de haber dejado una colección de retratos que, además de su mérito artístico, tendrán para las generaciones futuras el inmenso interés de perpetuar el recuerdo esplendoroso de la brillante aurora de una estrella solitaria caminando para convertirse en sol!

Richon BRUNET



Lo extraordinario

EN la capilla del Condestable de la catedral de Burgos hay un enorme bloque de mármol rojo, que no sirve allí más que de estorbo, al que un ingenioso escritor burgalés llamaba la piedra de toque, porque había observado que los forasteros que visitaban aquella obra incomparable del arte gótico florido, cuando eran discretos é inteligentes, no reparaban en el bloque, ó censuraban que estuviese allí, y si eran ignorantes se quedaban ante él mucho más admirados que ante todas las maravillas y primores que la capilla encierra y atesora.

Muchas veces lo he recordado: siempre que los hechos han venido á confirmar mi creencia de que la mayor ó menor afición que los hombres muestran por lo extraordinario, basta para determinar el grado de su ilustración y los quilates de su gusto, pues mientras los rústicos se agolpan ante las barracas de las ferias para admirar al toro de dos cabezas ó á la mujer barbada, los verdaderamente distinguidos y cultos gustan poco de lo inusitado y peregrino.

Desde el viajero devoto del famoso Cristo que se venera en la catedral citada, y que al volver de sus andanzas y correrías le ofreció los tres huevos de avestruz que todavía se ven á los pies de la imagen, hasta el lugareño que supone que el Rey ha de ser un hombre diferente de los demás, son innumerables los ejemplos que pudieran citarse para acreditar lo que digo.

Los cocineros de Felipe V solían presentar en su mesa, en días de vigilia, pavos ó jamones hechos de salmón, rodaballo ó truchas; los cocineros de ahora procuran principalmente que el guiso no desvirtúe ni altere el olor, el sabor ni la forma del manjar, porque se van enterando—como todo el mundo—de que casi todas las cosas son buenas cuando no las echa á perder el condimento.

Siempre me han aburrido las narraciones de aventuras maravillosas, y siempre he amado sobre todo lo real y lo humano. Hay una novela, universalmente conocida y admirada, en la cual todo es verdad, y, por lo tanto, todo es belleza: La vida de Lázaro de Tormes. ¿Qué cambio extraño, qué incomprensible refracción sufriría en la mente de uno de sus continuadores, para que lo que es en la obra primitiva sencillez, naturalidad y realismo, se convierta en afectación, monstruosidad y delirio, hasta hacer que Lázaro se transforme en atún y corra en el reino de los atunes una serie de aventuras tan necias como inverosímiles? ¿Cómo se explica que la misma pluma que escribió el Quijote, Rinconete y Cortadillo, El Licenciado Vidriera y tantas

obras en que resplandece la verdad y palpita la vida, narrase aquellas increíbles y extraordinarias aventuras del Persiles, libro que han elogiado más de lo justo muchos cervantistas incondicionales, pero que en realidad sólo merece alabanzas por su estilo y por haber dado ocasión á que aquella dedicatoria incomparable y aquel interesantísimo prólogo se escribiesen? ¿Cuánto más que aquellos paisajes helados, pertenecientes á una geografía fantástica, valen el antiguo y conocido campo de Montiel, las fragosidades y asperezas de Sierra Morena, las riberas del Ebro ó la playa de Barcelona? ¿Y cuánto más que aquel caballo, tan estimado de Cratilo como famoso, valen, no ya Rocinante y el Rucio, sino la yegua tordilla de Don Diego de Miranda ó el frisón de Tosilos?

Esto prueba que hasta los más grandes ingenios, cuando se apartan de lo natural, yerran y desvarían, y que la importancia de las obras artísticas y literarias no nace de lo inaudito y sorprendente del asunto, sino de la cantidad de verdad humana que hay en ellas.

Los grandes inventores han sido los capaces de comprender que lo que parecía disparatado era posible, y sencillo lo que todos creían complicado. El baño de Arquímedes ó la manzana de Newton, no son más que la realidad, haciendo que cese la suspensión producida por la idea fija y dando á un fenómeno corriente un valor general y definitivo.

Hasta las cosas buenas, cuando por extraordinario se hacen, tienen cierta rigidez que las desvirtúa. Se celebra en un pueblo la fiesta de su santo Patrono. Los cofrades que, como los demás del pueblo, se han lavado la cara, se han afeitado y se han puesto camisa limpia, andan de un lado á otro, con un puro en la boca, y sin saber qué hacer de las manos; las muchachas estrenan trajes de colores chillones que aún conservan el apresto, la tiesura y el olor del telar, y cubren sus cabezas, recién peinadas, con pañuelos de seda aún no domados por el uso, que se ahuecan como la vela de una nave. Lo ordinario de los modales se nota más por lo extraordinario del día. Lo pintoresco de la vida diaria ha desaparecido entre aquella confusión grotesca y abigarrada en que chillan los colores y los sonidos desentonan, y en la que hasta la música es desagradable y molesta, pues en vez de las guitarras ó las bandurrias, que los mozos del pueblo saben tocar, es una murga desafinada y atronadora la encargada de amenizar la fiesta.

En cambio, en las solemnidades palatinas ó en las que se celebran en las buenas casas particulares, nadie corre, nadie se apresura, todo está previsto, dispues-

to y preparado, nada parece nuevo, pero nada está deteriorado; en armas, correajes, plumas, cruces y libreas, brilla la limpieza de siempre; allí no se hace eso todos los días, pero todos los días podría hacerse. El conjunto produce en el ánimo una impresión de reposo, de bienestar y de armonía.

Esto es indudable, y parece que nadie puede contradecirlo con razones; sin embargo, los hechos se encargan de demostrar lo contrario.

Aún se sigue exhibiendo en los escaparates de muchas confiterías, no sólo en provincias, sino en Madrid, esos descomunales ramilletes, montados sobre una armadura de hoja de lata y coronados por una imagen de San José ó de la Virgen de los Dolores; armatostes que tienen mucho que pagar y poco que comer, y que dos mozos de cuerda conducen procesionalmente á su destino; aún hay gente que se extasía ante esas esculturas cuyo rostro aparece cubierto con un velo; y quien alaba como maravillas del ingenio humano esas novelas escritas sin una de las vocales, que sólo prueban la paciencia de quien las hizo y la paciencia de quien las lee; aún resulta de actualidad El castellano viejo, de Larra, y aún se malgastan en apariencia, bambolla y aparato, energía, trabajo y dinero que podrían servir para algo útil, si en vez de disfrazar nuestra miseria con percalina, nos decidiésemos á ser sinceros y á remediar lo remediable.

No será, por lo tanto, inoportuno recordar aquí un cuento de Juan Aragonés, que puede aplicarse no sólo á los que por mal gusto ó por ignorancia se extasían ante lo extraordinario, sino también á aquellos que tratan de explotarlo en provecho propio y en daño ajeno.

Un hortelano en cuya heredad se criaban excelentes rábanos, sacó cierto día uno tan hermoso y tan grande, que juzgando que nadie era digno de comerlo más que el Rey, al Rey se lo ofreció, el cual, conociendo su sencillez y su buena fé, mandó que le diesen cinco mil escudos. Noticioso de ello otro hortelano, llevó también á palacio un soberbio membrillo; pero el Rey, comprendiendo su malicia, dijo al mayordomo:

—Toma este membrillo, guárdalo bien, y tráeme el rábano que te dí á guardar el otro día.

Obedeció el mayordomo, y el Rey, dándole al hortelano, le dijo:

—Toma este rábano, que vale más que tu membrillo, pues puedo jurarte, por mi corona real, que me costó cinco mil escudos.

Manuel de SANDOVAL

Una hermosa obra

EL Contraalmirante Silva Palma dará á luz en pocos días más, bajo el título de "Crónicas de la Marina Chilena", un libro en el que ha recopilado gran parte de los interesantes artículos que de tiempo atrás viene publicando en las columnas de "El Mercurio", y que ahora los complementa con magníficos grabados debidos á los pinceles de los artistas Casanova, Subercaseaux, Foradori y otros, haciendo del libro una verdadera novedad en nuestra literatura. No sólo por su estilo sencillo, ameno y patriótico, sino también porque en ellos van narrados episodios históricos y puestos á la vista con los bien inspirados pinceles de los reconocidos artistas que lo acompañan.

Felicitemos calurosamente al Almirante y ojalá su pluma siga dando enseñanza sana y patriótica á la juventud venidera.

A continuación publicamos uno de sus artículos para que el público, por esa muestra, juzgue de la importancia del citado libro.

Recuerdos del bergantín "Meteoro"

En el día, el tráfico de vapores entre el Viejo Mundo y las costas del Pacífico por la vía de Magallanes es muy frecuente, de tal manera que el número de pasajeros que por allí pasa puede apreciarse en parte las dificultades y peligros que esa difícil navegación trae consigo. También puede imponerse de las privaciones y sufrimientos de los marinos que llevan sobre sus hombros esa responsabilidad, para poder rematar satisfactoriamente su viaje y llevar á buen término la nave y la vida del personal confiado á su cuidado.

Pero por mucho que vean los pasajeros que hacen esa navegación, muy raros son aquellos que afrontan las trasnochadas é inclemencias de esos climas, para formarse un juicio cabal de las vicisitudes que tienen que soportar esos hombres del mar.

Basta imaginarse uno de esos vapores de más de una cuadra de largo, con un pesado cargamento que les sumerge el casco en el agua unos ocho metros y que en medio de un temporal se ve precisado á embotellarse dentro del Estrecho, á pesar de las cerrazones producidas por las neblinas, lluvias y nevadas.

Los capitanes tienen que afrontar y vencer todas esas dificultades; para ellos no hay sueño, salud, nada que los haga abandonar el puente de mando; parece que estuvieran clavados junto á su compás. La nieve los entume, y á cada pluma que punzante les clava en los ojos, en lugar de hacérselos cerrar para librarse de ellas, más tienen que abrirlos para evitar el peligro.

Saben que están rodeados de costa y arrecifes por todos lados; saben que su escandallo no alcanza á indicarles el punto donde se encuentran, y á pesar de eso tienen que seguir adelante. Si paran su máquina, parece que debieran quedar en seguridad; pero como las corrientes son tan fuertes, irregulares y variables, el peligro en lugar de desaparecer aumenta, porque entonces el buque queda sin control, á merced de ellas y no de la voluntad del capitán.

La vigilancia de los oficiales y servicios se multiplica por los puentes y extremos del buque. El maquinista, con su manubrio, está listo para obedecer al primer aviso del telégrafo del puente.

Este peligro existe de día claro, y por consiguiente, se centuplica con la oscuridad de la noche.

El andar se disminuye y se marcha á tientas, procurando reconocer esta punta ó aquella piedra.

No hay sirenas, no hay campanas que indiquen tal ó cual peligro; son el nervio y pericia los que priman sobre la falta de elementos auditivos, que en otros países se multiplican para facilitar la navegación.

El vigilante de proa percibe entre la bruma, y no á mucha distancia, un objeto negro; grita avisando al capitán: ¡tierra por la proa! Este, con serenidad, si la tiene, gobierna su buque á uno ó á otro lado, según convenga, ó si no, pára la máquina, y atrás á toda fuerza.

Si esa operación se hace en canal angosto, entonces muy luego el vigilante de popa es posible que anuncie tierra por la popa. ¡Maneje usted ahora esa enorme mole y sáquele usted con bien!

Corriente, viento, cerrazón, tierra por todos lados, y el buque casi como una boya.

¡Pobre capitán! si salva, nadie lo sabe, y según él, ha cumplido con su deber.

¿Y si embarranca sobre una roca y naufraga?

No hay clemencia; se le juzga, se le suspende del mando por incompetente y quizás hasta se le cancele su patente de capitán, que le ha costado tantos años de estudios, trabajos y sufrimientos.

Calma el tiempo, desaparecen esos peligros y feliz sigue su navegación.

Entra á las angosturas, haciendo eses y curvas, pasa barajando con habilidad las puntas y peligros.

Llega la noche, y así tienen que seguir: los cerros están cubiertos de nieve hasta la playa, los cabos y montículos que dan á conocer los parajes por donde se va, se confunden por el manto blanco que los cubre; la distancia á la tierra no puede apreciarse, como en tiempos ordinarios; la nieve engaña, produciendo efectos ópticos, que los hacen aparecer á veces más cerca y á veces más lejos.

Todos estos factores tiene que tomar en cuenta el capitán para llegar á su destino.

Al día siguiente por la mañana, los pasajeros, que durante la noche han estado confortablemente abrigados en sus camarotes, suben á cubierta á admirar el panorama y á hacer al capitán mil preguntas sobre esto ó aquello, y aquel buen lobo, con los ojos y el rostro enrojecidos por la nieve y el insomnio, tiene que ser cortés y cariñoso con esos preguntones.

Felizmente, el abalazamiento y alumbrao de esos parajes, llevado á cabo con tesón y empeño por el personal de la Armada, de día en día va facilitando más su navegación.

Sobre todo, con ese famoso faro de primer orden colocado en uno de los peñones de los Evangelistas. Es tan grande su importancia, que pescar en una recalada sus destellos, es como tomar la llave para abrirse la puerta de entrada al Estrecho de Magallanes.

La colocación de ese faro ha sido una obra monumental, á la cual en el país no se le ha dado su verdadera importancia. Todo su material, de mampostería en piedra y fierro, ha habido que acumularlo allí á fuerza de un trabajo y constancia improbos, que hace verdadero honor á su constructor, don Jorge Slight, que por espacio como de dos años se llevó metido en aquella inhospitalaria región, aprovechando las cortísimas oportunidades de desembarque, que el oleaje y continuas tormentas imposibilitan en absoluto su ataque.

En el puerto Cuarenta Días, que está á doce millas de distancia, se llevaba semanas enteras y á veces hasta un mes, en acecho de un recalón para preparar como gato é iniciar los trabajos.

La energía, constancia y voluntad desplegadas por este británico para llevar á buen término esta obra, merecía que se le hubiese premiado en forma especial, aunque hubiera sido con documentos que le sirviesen como de medalla honorífica; pero, para vergüenza nuestra, fué á otros á quienes se les ocurrió hacer este acto de justicia. El Lloyd de Liverpool hizo á Slight un valioso obsequio, acompañado de una significativa carta.

Para hacer ver la importancia de este faro, voy á relatar un hecho que aseverará lo que digo.

Al poco tiempo de anunciado al mundo marítimo el funcionamiento de esa luz, á uno de los grandes vapores que iba para Europa por esa vía, frente á Chiloé, lo tomó una serie no interrumpida de tempestades.

Durante cuatro días no tuvo sol ni tierra en que orientar su posición; el oleaje y cerrazón eran muy grandes, el buque se revolcaba en un mar de espuma, la tierra debía estar ya cerca; pero nada absolutamente se veía, la noche era muy oscura. El capitán se muestra inquieto y no se atreve á seguir en esas condiciones en busca de la tierra; una equivocación cualquiera podría encallar, y, en tal caso, ni los ratones habrían salvado.

Se estaban dando las órdenes á la máquina y alistando todo para llevar á cabo la peligrosísima maniobra de atravesar el buque á la mar para ponerse á capear, cuando á través de la espesa cerrazón y no á mucha distancia, un poderoso resplandor vino á sacar al capitán de su crítica situación, indicando con su posición que allí estaba la puerta del Estrecho.

El capitán, tan luego como se cercioró de que era el faro, no pudo por menos de exclamar: ¡Thanks, Slight, that you have given us such a light! y llegando á Punta Arenas, su primera visita fué á Mr. Slight, para felicitarlo y darle las gracias por su gran obra.

Si ahora que Magallanes está más ó menos poblado, que hay un tráfico continuo de naves que navegan con sus máquinas, que la mayor parte de sus peligros están abalazados; ahora que hay telegrafo y toda clase de recursos, la navegación es siempre difícil y peligrosa, ¿qué no sería en aquellos tiempos en que los buques no tenían más motor que sus velas y donde no había más balizas que las traidoras corrientes y ocultos arrecifes? ¿Qué no sería en aquellos tiempos en que no había refugio ni recursos de ninguna especie, y por el contrario, era menester llevarlos del norte para que de hambre no se muriesen los habitantes de la naciente colonia?

Los que sabemos lo que es navegar y barajar todos esos peligros; los que sabemos lo que cuesta soportar á cuerpo firme la crudeza de aquel riguroso clima para vencerlo, ayudados por la autonomía y control que da la mano puesta en el telégrafo de la máquina, podemos en conciencia apreciar y admirar el trabajo de acarreo que los atletas del mar llevaron á cabo en aquella época en la flotilla de bergantines de que estaba compuesta nuestra escuadra.

Con seguridad que todas aquellas personas que por necesidad tenían que embarcarse en esos buquecitos destinados á la navegación de las encrucijadas de Magallanes, bien hechos deben haber dejado sus testamentos antes de la partida.

Allá por el año 56, el bergantín "Meteoro", mandado por el capitán de corbeta don Juan Williams Rebolledo, y llevando á su bordo al gobernador de Magallanes y su familia, llegaba á la boca del Estrecho, después de un rapidísimo viaje (cinco días), en medio de un furioso temporal. El capitán Williams, muy conocedor de esas regiones, impertérrito le tenía dirigida la proa á la tierra que aún no se divisaba.

Atemorizado el gobernador por aquella imprudencia, se apersonó al comandante diciéndole que pudiese proa afuera, y que él como gobernador, á cuyas órdenes venía el buque, se lo exigía, puesto que no podía él hacerse responsable de su vida.

Williams le contestó que el comandante era él y respondía del buque y también de la vida propia.

Posteriormente, en Diciembre de 1858, este mismo "Meteoro", acompañado del "Pizarro", comandados respectivamente por los capitanes de corbeta don Martín Aguayo y don Francisco Hudson, zarpaban de Valparaíso llevando víveres para la colonia.

La navegación hasta Punta Arenas no presentó mayores dificultades: los vientos en esa dirección son siempre favorables en el Estrecho y en los meses de ve-

rano, en que los días son largos, pueden hacerse jornadas largas, y á veces, sin tomar puerto, se puede seguir hácia adentro, favorecidos por la corriente.

Después de entregar su cargamento, juntos zarparon de regreso á Valparaíso.

Aquí principió la batalla. Los vientos en el Estrecho son generalmente de los cuadrantes del oeste, y toman á veces tal fuerza, que se transforman en verdaderos huracanes; no hay vela que resista en su palo, no hay bote que pueda ni pretender echarse al agua, porque jugaría con él como con una pluma; de la cresta de las olas el agua vuela como una neblina, es el agua pulverizada, que en ocasiones llega á cubierta de los buques; y éstos, estando fondeados, se fumban como si estuvieran navegando de bolina.

Este es el motor de que los bergantines van á usar para poderse mover.

Al principio les es un tanto favorable, pueden manejarlo á bolina abierta; pero

y saliendo por el este, tratarían de dar la vuelta al Cabo de Hornos.

Levan sus anclas, y nuevamente principia la lucha; no hay nieve, viento, noche, nada que los detenga; ¡siempre adelante!

Ya llevan mes y medio y aún siguen en la misma; pero ya han logrado pasar las angosturas y no faltan muchas millas para llegar al famoso Cabo de Pilar; se imaginan que el término de esa lucha está ya próximo.

Están ya frente á Cabo Tamar, como quien dice en la esquina para torcer por los canales; ya les parecía que tenfan agarrado el mar Pacífico para al fin hacer rumbo firme al norte; pero no contaban con la huésped: se les desencadena un huracán, vuela con las velas y los deja casi á palo seco; para no perder lo ganado á costa de tantos sacrificios, echan espías y calabrotes por la popa para amonorar la rapidez con que son arrastrados;

días rellenando la aguada, embarcando leña y alistando el buque para resistir y afrontar ahora los temporales del temible Cabo de las Tormentas, después de haber perdido dos meses en lucha inútil.

A los pocos días de salir juntos los dos bergantines de Famín hácia el oeste, cada uno tomó por su cuenta y probablemente el "Pizairo" debe haber pasado por las mismas peripecias que el "Meteoro", y anticipándose en unos dos días á éste, tomó también rumbo del este para dar vuelta al Cabo de Hornos como estaba convenido.

El 23 de Febrero el "Meteoro" dejó su fondeadero, y saliendo por la boca este del Estrecho, siguió rumbo al sur.

Aseguraron la arboladura con jarcias extraordinarias, los masteleros de juanete y botolón de foque, se echaron dentro y trincaron á la madera de respeto; se desgarnieron las cadenas y echó dentro las anclas; se cerraron las escotillas, de-



Bergantín "Meteoro"

cuando el eje del Estrecho principia á desviarse, allí también principia el manejo de las brazas y el continuo virar por avante días tras días y noches tras noches; ahí se ve á los bergantincitos con su gente de guardia vira para un lado, vira para el otro; eso es interminable, y muchas veces lo que se ha ganado en media docena de días, se pierde en unas cuantas horas. Bórrase la cuenta y vamos principiando de nuevo.

A los veinte días, cuando ya habían franqueado hasta cerca de las angosturas, las corrientes y vientos les hacen retroceder nuevamente y tienen que fondear en Famín, no á mucha distancia de Punta Arenas.

En ese fondeadero se dieron un descanso de dos días; las tripulaciones y oficiales estaban rendidos.

Los comandantes conferencian sobre el resto de la navegación, tomando en consideración que ya los víveres principian á escasear, y convienen en que si para tal fecha aún no habían podido salir del Estrecho por el oeste, amollarían en popa

la primera se corta al poco rato, siguiendo el segundo. Felizmente, el huracán no alcanza á meterlos en las angosturas; pero en cambio, la calma los deja ahora á medio canal, sin gobierno por falta de viento y á merced de la corriente, que se los chupa hácia el embudo de las angosturas. Se busca fondo con el escandallo, para ver si puede largar un anclote y agarrarse del fondo. ¡Cien brazas! (200 yardas). Imposible, tiempo perdido; sin embargo, allá va un anclote con dos espías; parece que agarra, el buque hace cabeza aproándose á la corriente; gusto de pocos minutos, se estira como cuerda, y allá voy, dijo con una fuerte sacudida: ¡perdido el anclote!

Viene la noche, y dándose vuelta como trompo, sigue y sigue hácia adentro, arrastrados por la corriente hasta dejarlos próximos á la isla de Carlos III.

Ya agotados y descorazonados, tuvieron que doblegarse, y cambiando de rumbo se dirigieron hácia la boca oriental del Estrecho.

En San Gregorio permanecieron varios

jando sólo dos bajadas por mangueras de lona.

En una palabra, se dejó el buquecito en las mejores condiciones para resistir los temporales y preparado para que las mares que embarcase no llegasen á las bodegas ó entrepuentes.

Todas estas medidas precautorias no fueron inútiles, porque al segundo día ya empezaron á batallar.

Por la mañana, el viento era fresco, y aumentando progresivamente, al anochecer ya era temporal deshecho que tenían que capear con la gavía en terceros rizos y una cuchilla.

Inútil es decir que raro era el día en que podían encender los fuegos de la cocina para tomar un caldo ó una taza de agua caliente; las ollas se vaciaban y el fuego se corría; no había más alimento que galleta, charqui y cosas secas.

En la descubierta de la mañana, los capitanes de alto tenían que botar la nieve de los montones para poder hacer correr los cabos de maniobra; de la cubierta había que botar á palas la nieve.

De día en día y mientras más al sur se iban corriendo, parece que las mares tomaban más ímpetu y el tiempo se hacía más duro, hasta que el 8 de Marzo la cosa tomó un aspecto sumamente grave: el barómetro á 28.15 pulgadas, altura mucho más baja que la indicada por los derroteros en las grandes tormentas.

Todo el mundo estaba en continua zozobra; el buquecito era un verdadero juguete de esas montañas de olas: cuando bajaba al seno de dos de ellas, parecía que calmaba un tanto el viento, pero llegando á la cresta, el choque que recibía casi le daba vuelta.

Las mares lo inundaban; las salidas de agua eran estrechas para desahogar la cubierta.

Ya nadie tenía esperanzas de salvar, y en tal emergencia, cada uno se encomendaba al santo de su devoción, é hicieron un voto, una manda, que si lograban salvar, todos se comprometían á cargar en hombros la gaviá que hasta esos momentos se mantenía firme, dando al buque un pequeño manejo, y llevarla á pié descalzo á una iglesia en el primer puerto á que recalasen.

A las 4 de la tarde, para colmo de la desesperación, una tremenda ola rompió sobre el buque, tumbándolo de tal manera, que casi lo da vuelta; pero si no lo dió vuelta, lo dejó tendido sobre un costado; con tal sacudida removió el lastre, apagó las luces de abajo y quedó dormido en esa posición sin poderse adrizar: por minutos esperaban el desenlace fatal.

Haciendo un gran esfuerzo, se mandó largar el trinquete para darle salida y poder gobernar para amollar en popa; pero no había salido de las manos de los marineros cuando voló en mil pedazos.

No sabían ya qué hacer, todos estaban aterrorizados, empapados y transidos de frío; pero era menester tocar un último recurso, envergar un nuevo trinquete: ¿cómo y quién iba á hacer aquella manobra?

El comandante Aguayo pide, ya no es posible mandar ante aquel cataclismo; pero como nunca hace falta un valiente, allá salió un joven marinero de 23 años llamado José Francisco Brito, quien dijo al comandante: "Señor, yo iría si tuviese un abrigo con que aguantar allá arriba", señalando la arboladura.

Aguayo, sin pérdida de tiempo, se sacó su levita de capitán de corbeta y se la entregó á Brito.

Algunos otros se envalentonaron con ese ejemplo y antes de anoecer, ya con el nuevo trinquete envergado y el lastre llevado á su lugar, recuperó el bergantín su posición derecha y en vertiginosa carrera amolló en popa, perseguido por la montaña de olas, que parecían querer tragarse al bergantín.

Era tal la fuerza del huracán y la velocidad que daba al bergantincito, que la corredera no tenía línea suficiente para marcar su andar; parece que á bordo no había memoria de tanta rapidez, y como es natural en esas condiciones de marcha, el buquecito iba con balances tan desmesurados que en cada barquinazo casi metía los pencils en el agua; y las batayolas á cada rato se veían sumergidas en las rompientes de las crestas de las olas, las que se metían á cubierta como á su casa.

Si la dormida que tuvieron durante la capa casi los mandó al otro mundo, ahora se veían en otro gran peligro: tener que correr el temporal en tales condiciones.

El más leve descuido del timonel al gobernar y barajar á tiempo las grandes guiñadas que las mares lo hacían dar, habría sido suficiente para atravesarlo y en ese caso la pérdida habría sido segura, así es que la mejor gente se relevaba de hora en hora en la rueda, y el comandante no se desmintaba del lado, ejerciendo la más estricta vigilancia.

Con las velas que los llevaba en salvo, también se tomaron todas las precauciones, reforzando sus escotas, brazas, para evitar que una falla cualquiera fuese á hacerlos perderse.

La salvación del buque iba muy bien; pero lo que era la derrota iba muy mal, á lo menos se alejaban de su destino á razón de como 300 millas diarias y ya principiaban á meterse en la región de los témpanos de hielo: llegando allí, no habríamos tenido la oportunidad de hacer esta narración.

Cerca de dos días el buquecito siguió volando quién sabe á dónde, hasta que por fin aflojó el viento, calmó y les permitió ponerse en condiciones navegables y dejar á los infortunados navegantes tomar un descanso.

Una briza del SO. los encaminaba hacia el N.; pero esto poco les duró, y nuevamente tuvieron que detenerse á sostener otra lucha con esos porfiados elementos que parecía no querían largar esa presa de la que casi habían dado cuenta.

La odisea siguió por algunas semanas, hasta que al fin, en el mes de Junio, cuando ya tenían agotados sus víveres, pudieron recalar al puerto de Ancud.

Con largar el ancla, la tripulación se acercó á su comandante para recordarle la manda que habían hecho si escapaban de esa tormenta y le suplicaron diera los pasos necesarios para su cumplimiento.

Al día siguiente se desenvergó la vela, se le colocó en uno de los botes y en los demás toda la tripulación con sus oficiales la escoltaron á tierra, y allí la tripulación, descubierta y descalza, á hombros la llevaron al templo de San Francisco donde con todo fervor oyeron una misa, cumpliendo así la manda prometida.

NOTA.—En esas regiones y bajo la influencia de esos mismos temporales sucumbió el "Pizarro" y ocho buques mercantes, de los cuales nunca se ha tenido noticia.



TARDE DE VERANO ENTRE CISNES.—Cuadro de E. Maxeue

TALLAVI

"EN arte, todo está en nosotros mismos. Debemos explicar nuestro yo..."

Esas palabras escritas en el retrato condensan la personalidad del eminente actor que acaba de visitarnos.

La fuerza artística del señor Tallaví reside toda entera en su interior. El no tiene escuela, jamás ha asistido á cursos de declamación, nunca ha visto á los grandes maestros del arte. En el mundo de su profesión sólo admira á Eleonora Duce, que, como él, no reconoce otro maestro que su propio corazón. Para trabajar se aísla, se concentra, siente y expresa con sinceridad toda su emoción. Después de estudiar un papel, no se preocupa de la manera como hará su juego ante el público, sino que se abandona sencillamente á la inspiración del momento. Con ese sistema, nunca dice las cosas dos veces iguales, ni repite unos mismos gestos en los momentos respectivos, porque afluye á él, como al más perfecto instrumento de exteriorización, la riqueza de la vida natural, inmensamente múltiple en sus formas de expresión.

"Todo está aquí; nada viene de afuera", dice el señor Tallaví con la fervorosa creencia del devoto familiarizado con el misterio oculto del santuario.

Esa convicción que nos impele á buscar el tesoro de nuestra interioridad por encima de todas las solicitudes de afuera, llega casi siempre con la madurez de los años; es el fruto que se ha preparado con todos los jugos que hemos sustraído á la tierra durante un largo proceso moral. Y esta verdad de acceso difícil, está verdad esquivada que viene á ser el resultado de los desencantos de toda una vida de especulaciones estériles, el señor Tallaví la profesa en todo el ardor y en toda la integridad de sus treinta años...

Su punto de partida es suficientemente revelador de lo que le aguarda en el porvenir...

Los artistas que van buscando sus inspiraciones en los modelos, que van tomando las tendencias determinadas de las distintas escuelas, nunca podrán alcanzar esa verdad de la vida en su ondeante y estupenda multiplicidad, que el señor Tallaví coje, fija y aprisiona en sus momentos más fugaces y más intensos. El se abandona, con la confianza de un niño mimado, en los brazos de la Madre Naturaleza, que es eternamente rica é infinitamente sabia en sus modos de manifestación.

Tras del actor cuyas creaciones responden á aspectos tan varios y tan opuestos de la vida, tras de ese actor que encarna los fines humanos con perfecta escrupulosidad, que reviste los sen-

timientos del ropaje adecuado, que desentraña el alma de las cosas, encontramos un hombre sencillo, modesto y amable.

Hay una extraña irradiación de frescura y de juventud en su rostro, esa misma frescura y esa misma juventud que dá sin duda el contacto sano y fecundo de la naturaleza lejos de las adulteraciones y de los equívocos que crean los sistemas. El señor Tallaví tiene la espontaneidad y la flexibilidad de un temperamento que no ha sido comprimido ni deformado por los moldes ó por las imposiciones arbitrarias.

Eso da á su talento una fuerza profundamente armónica, como todo lo que responde á una verdad interna que se expresa con vigor.

Tiene unos ojos que en ciertos momentos parecen surgir de recónditas cavidades. No se entrega nunca á la primera mirada; hay recelos, hay timideces, hay pudores infantiles en su expresión ingenua. Cuando la conversación se anima, le suben al rostro oleadas de sangre que acentúan su aspecto de hombre á quien la vida no ha desflorado. Habla como siguiendo un diálogo interior más bien que preocupándose de su interlocutor, lo que le da calideces y dulzuras de modulación muy expresivas en la voz. El dominio interior y la seguridad íntima dan á toda su actitud una firmeza tranquila muy atractiva.

Desea ganar dinero para conquistar su independencia y dedicarse á trabajar por el amor del arte como fanático adorador que es de la belleza. Quiere trabajar ante un público escogido que colabore mentalmente con él. Y ese público no ha de pagar á fin de que pierda el derecho de imponer su vulgaridad ó su grosería, yendo á educarse en la grande escuela del teatro para aprender á sentir el ideal en una de las formas más sintéticas en que

es dable transmitirlo: la obra dramática. Por nuestra parte también le deseamos un éxito completo en su carrera tan brillantemente iniciada. Deseamos que realice sus grandes ideales y que nunca tenga que transigir con las imposiciones mezquinas de la vida, complaciendo al grueso público que paga y que impone su voluntad.

Así su talento no se falseará y podrá conservar ese sello de divina autenticidad que le ha conquistado su fé en la naturaleza, única inspiradora de su genio.



Señor José Tallaví

es dable transmitirlo: la obra dramática. Por nuestra parte también le deseamos un éxito completo en su carrera tan brillantemente iniciada. Deseamos que realice sus grandes ideales y que nunca tenga que transigir con las imposiciones mezquinas de la vida, complaciendo al grueso público que paga y que impone su voluntad.

Así su talento no se falseará y podrá conservar ese sello de divina autenticidad que le ha conquistado su fé en la naturaleza, única inspiradora de su genio.

IRIS

Julio de 1909.

—SWINBURNE... Algernon-Carlos Swinburne cuyos versos emocionantes y magníficos son tan poco conocidos entre nosotros: puede decirse que casi nadie ha leído siquiera aquella apasionada elegía de Nuestra Señora de los Dolores, una antorcha funeraria que chisporrotea y arde sobre los escombros del templo de Eros...

Jacobo Dorséne dejó caer sobre el mantel la rosa cuyo perfume aspiraba; después, siguió con voz fascinadora:

—Yo le he conocido... ó, por mejor decir, le he visto... hace, por lo menos, unos cincuenta años... al hombre extraño, inquietante, á quien Verlaine, el pobre Verlaine, hubiera podido colocar entre los poetas malditos... Y es toda una historia... una historia de horrores y sacrilegios á lo Edgar-Allen Poë, al cual tantos mercenarios tratan de imitar... En aquel entonces, yo pasaba el verano y el otoño en Etretat con Maupassant...

Swinburne se atrincheraba, también, en una casucha baja, aislada, lejos de la población; escondida detrás de un cortinaje de olmos, de murallas cubiertas de vides vírgenes y yedras... por baladronada llamaba á esta modesta esmita: la choza de Dolmancé... nombre que evoca el recuerdo de uno de los más nauseabundos libros de aquel marqués divino, á quien el emperador hizo encerrar en una casa de locos... el autor de "Atlanta" y "Corydon" trabajaba allí en no sé qué obra, acompañado únicamente de una mona de Sumatra y un violinista de larga cabellera, pálido, flaco, á quien hubiese tomado por un fantasma... Pocas veces se aventuraban los dos amigos fuera de su alojamiento y no recibían sino á los jornaleros... Pretendían algunos que ellos habían sido obligados á abandonar Londres y buscar, á pesar suyo, un asilo en ese rincón tan tranquilo, tan abandonado de la costa normanda... Ciertas noches, á pesar de que estuviesen cerradas las ventanas y cortinas, producía la choza una impresión de una fonda, en la cual marinos ebrios de alcohol se querellaban, se insultaban... El violín sollozaba á Schuman ó á Brahms, entre un silencio de capilla; después parecía desafinar de propósito, hipeando notas falsas y agudas; motivos de jigas, ronquidos de agonía, quejas burlescas... y eran gritos furiosos de mono á quien se exaspera, á quien se atormenta; el tumulto de una danza demoníaca; de una persecución donde caen y se despedazan vidrios, botellas, vajillas; todo acompañado por estridentes risas de locura, por salvajes hurras de triunfo y clamoreo frenético... En aquel momento, nadie hubiese osado pasar el umbral de la casa encantada, arries-



garse entre aquellos seres de pesadilla... Cierta día, los "Anglich", como los llamaban en el país, tomaron el coche que va al Havre y no regresaron más... Por orden de la autoridad fué allanada la choza, pero no sin aprensión... Allí reinaba un desorden locos... Papeles esparcidos, baúles deshechos á fuerza de puntapiés, mesas revueltas con innumerables colillas de cigarrillos; y la desdichada mona, convulsiva, herida, acribillada por balas de revólver, asido en la mano el mango roto de un violín Guarnerins... Un caritativo jardinero enterró al animal al pié de un tejo; y cuanto podía valer un céntimo, fué rematado al día siguiente... Por superstición... pues que estoy persuadido que las cosas se asimilan y aún conservan algo del alma de aquellos que la poseyeron, yo nada compré, mientras que Maupassant, encantado de su buena suerte, se hacía adjudicar á un precio irrisorio cuatro sillas antiguas, por milagro intactas, y una espantosa mano momificada, crispada, negruzca y verdatra, que había estado clavada en la pared, y cuya proveniencia establecía un pedacito de carbón... la mano de un parricida que había sido ejecutado en Bayeuse, el 14 de Diciembre de 1786.

—¡Precioso regalo para un niño! opinó Luciano Bauprey.

Entusiasmado con su narración, Dorséne no parecía haber oído esa broma de gusto dudoso, y continuó:

—Más tarde he vuelto á ver aquel repugnante gesto, sobre el escritorio del novelista que en aquel entonces habitaba en Batignolles en su pequeño departamento amueblado con antiguallas disparatadas, cama con columnas dominadas por un escudo, lozas de Rouen, bosquejos de amigos, sofá cubierto de seda algeriana. Esa mano encogíase, semejante á una enorme araña siniestra, á manera de apretapapeles sobre largas hojas en las cuales se deslizaban, apenas raspadas, escritas con letra enérgica y sana, las primeras

líneas de "Una vida", el doloroso y magnífico libro en el cual refería cuanto había sufrido en un desgraciado matrimonio el gran corazón tan tierno, tan sensible de su madre...

Enfrente, á la mano, un cráneo, lustroso como un marfil antiguo, parecía recordar el término fatal; parecía burlarse con su rictus desdentado, sus hoyos negros, en los cuales había brillado la divina luz de la mirada...

Aquellos juguetes fúnebres distraían á ese idólatra fumigado de vida intensa y ardiente; á ese fauno siempre dispuesto á correr tras aventuras, á gastar todas sus energías... Gozaba en rozarlos, en tenerlos como testigos de sus misterios y juegos de amor... Los quería tener cerca,

cuando trabajaba, cuando meditaba...

—¡Qué placer tonto! exclamó la señora de Trevisy, con irónica sonrisa.

—Eramos casi vecinos... Yo vivía en la calle Truffam... Una noche, cerca de la media noche, lo recuerdo como si hubiese sido ayer... estaba yo por dormir, cuando una violenta vibración del timbre eléctrico resonó en mi estudio... A medio vestir precipitéme á la puerta... "¿Quién es?" pregunté con ansia... "Yo... Maupassant... abre, pues, me contestó una voz pálida, serda, irreconocible... Obedecí á ese ruego que infundía miedo... Y he aquí que, con un brinco de animal en gran aprieto, penetra un verdadero andrajo humano... un desgraciado, que parece perseguido por una banda de asesinos... que tiembla, desfallece... Ivido, las pupilas duras, torcida la boca... la cabeza descubierta... en paños... "Cierra, cierra pronto... déjame quedar aquí", murmuró... Se ha dejado caer en un sillón; gruesas gotas de sudor cubren su frente... Le pregunto con suavidad, fraternalmente, y le doy á sorber una copa de cognac... y él me dice: "Acabo de regresar del teatro... un grueso leño concluía de arder en la estufa... con su última llamarada... alumbraba toda la habitación solitaria con un fulgor de incendio. Y yo he visto... he visto... he visto con mis propios ojos... la mano del parricida... aquella mano que tú aborreces... moverse, escurriéndose... Tenía cogida mi pluma de ganso... garabateaba... la he visto, yo... he oído su punta rechinar sobre el papel... y me escapé sin mirar atrás... he bajado las gradas, cuatro á cuatro... Tengo miedo... ¡Déjame aquí". Y el pintor concluyó:

—¿Había sufrido alguna alucinación?... ¿Había sido cierto?... Si no se cree el todo, no debe creerse nada... Pues bien: frecuentemente he pensado en ese extraño episodio, cuando la locura estrechaba ese cerebro lúcido, tan vibrante...

René MAIZEROT





LA LIBERTAD.—Figura central del monumento al general Garibaldi.—Turín

Vicente Blasco Ibañez

NO sabemos aún con certeza si este vigoroso intelectual alcanzará á visitarnos. En una de sus últimas cartas dice que posiblemente no podrá venir por haberse comprometido á dar, en próxima fecha, algunas conferencias en Montevideo, Brasil y Cuba. Sentiríamos que no viniese. Blasco es un amigo de Chile... como de todo el mundo. Hace dos años, nos escribía hablándonos entusiasmadamente de "esa hermosa tierra de Chile, á la que amo más después de España y en la que pienso vivir un día".

Eliminada de esta frase la hipérbole, quedaría siempre en ella un acento de sincera simpatía. Y esta simpatía, que se extiende seguramente á todas las Repúblicas sud-americanas, es un rasgo digno de anotar. Blasco ha sido uno de los primeros intelectuales españoles en hablarnos directamente, con afectuosidades fraternales, colocándose para ello á nuestra altura y no trepándose á esas cumbres inaccesibles desde donde nos hablaban antes los literatos peninsulares.

¿Por qué no decirlo? Antes, cuanto se escribía en Sud-América, prosa ó verso,—excepto las obras parásitas del clacisismo castellano—era motivo de mal contenida risa para los escritores españoles. Algunas veces la risa se cambió en enojo. Sobre todo cuando veían asomar un espíritu distinto del que por herencia debía existir en nosotros, un espíritu que para manifestarse buscaba nuevos giros de lenguaje ó empleaba vocablos no consagrados.

¿Qué es esto? decían: hemos abierto el Diccionario de la Real Academia Española y no hemos hallado esta voz. La voz no hallada solía ser conocida de toda Sud-América, pero... no la había usado Cervantes, y de ahí las protestas. El castellano se corrompía en América. ¿La sangre azul del clacisismo se perdía en la negra sangre indígena!

La rebeldía intelectual y lingüística que al principio fué la obra de unos pocos, se extendió después á una generación entera y ninguno de los críticos españoles de ahora veinte años, que por una especie de evolución regresiva tendían á vivir en el siglo de oro de la literatura peninsular, vió, ó sospechó siquiera, que en la producción sud-americana comenzaba á verificarse brillantemente el imperativo biológico: transformarse ó morir.

Sólo uno, que había estudiado las literaturas extranjeras, que poseía clarísimas facultades de intelección y no se había encastillado en fórmulas de intransigencia, don Juan Valera,

columbró los asomos del movimiento. Vió que en los libros sud-americanos latía algo nuevo, pero no lo estudió muy profundamente y de seguro no imaginó que ese algo llegaría, á vueltas de unos cuantos años, á producir en España una saludable revolución lírica.

El actual movimiento modernista español es un eco del movimiento americano, que pasará, sin duda, pero que dejará algunos beneficios, sobre todo en la rítmica.

La lira castellana no tendrá ni una cuerda más, pero se habrá hecho florecer en ella, artísticamente, muchas armonías ocultas, desconocidas del oído clásico.

Y esa revolución literaria—no hay que olvidarse que todas las revoluciones literarias han sido revoluciones de lenguaje—se deberá á los literatos sud-americanos en general y muy especialmente á don Eduardo de la Barra, que estudió como nadie la rítmica castellana.

Los escritores españoles no ignoran esto, y por eso al visitarnos,—si no viene Blasco Ibañez, vendrán Altamira y Rueda,—no lo harán sólo como turistas. Su viaje significará un acercamiento intelectual entre España y América, porque esos escritores pertenecen por entero á la España modernísima, á la que está en pleno y glorioso renacimiento espiritual. Blasco Ibañez más que ninguno. La multiplicidad de sus facultades lo hacen un verdadero hombre de renacimiento. Su obra, grande y fecunda, está inspirada en las cosas de hoy. Ella no es impecable,—¿cuál lo es?—pero aún para el exquisito que no usa una palabra sin estudiar antes su genealogía, y que no presenta una idea sin antes asegurarse de la virginidad de su esplendor, la obra de Blasco Ibañez es respetable, admirable, porque ha lo-

grado aprisionar la gloria fugitiva de muchos bellos momentos de la vida elegante ó rústica, individual ó colectiva. Blasco Ibañez es un artista espontáneo, fluído, natural; nos da la vida en trozos palpantes; no rebusca; no nos cansa con minuciosas y dilatorias inquisiciones espirituales; nos lleva directa y vigorosamente á la acción.

En sus personajes no hay sutilezas ni complejidades de alma; todos son sencillos, humanos, verdaderos. No darían mucho trabajo á quien quisiera desmontar su maquinaria síquica... Van en íntima relación con el paisaje ambiente, en contacto directo con el horizonte que los rodea. Son hijos de la región. Es uno de sus grandes méritos de artista el haber dado á cada



Vicente Blasco Ibañez

uno de sus personajes un escenario directo y apropiado á la naturaleza de ellos. Los campesinos de "La Barraca" son inseparables de la campiña valenciana, son casi un producto del suelo. Ese grupo de labriegos que llegan á lo trágico por un poco de agua está allí, tan bien, como un grupo de árboles retorcidos por la sequía estival. La pupila los vé moverse como un complemento armonioso del paisaje.

Estas intimidades de la tierra y de las almas están en casi todas sus novelas. En algunos momentos la tierra domina. En "Entre Naranjos" la hermosura de la noche, el efluvio de los huertos, la belleza de la hora azul cargada de aromas, suscitan la acción definitiva. ¿Habría ido Rafael á la quinta si la noche no lo hubiera impulsado á ello, ahogándolo con perfume de azahares, obligándolo á salir, á irse por un camino cualquiera para respirar en libertad bajo el oro de las estrellas pestañeantes?

El aroma que lo enardecía haciendo desfilas por su mente fugitivas visiones de voluptuosidad, el aroma culpable reunió á los enamorados y los llevó á la isla rumorosa que los cubrió con un manto de ramajes y de trinos.

Y así en otras escenas de sus novelas. La naturaleza tiene siempre un carácter definido, una fisonomía, nos la muestra en una fácilmente reconocible individualidad geográfica, huyendo siempre de las descripciones vagas, de los aspectos generales de las tierras anónimas.

Se ha dicho—lo decía irónicamente Valle Inclán en una conferencia dada en el Ateneo de Madrid—que el paisaje lo había inventado Martínez Sierra... Pero, no; los paisajes de este delicado escritor tienen mucho de ficción y parecen adornarse con estudiada coquetería, para que el lector los halle hermosos.

Blasco Ibañez en su naturalidad llega á veces al descuido. No redondea, no pule. Sus frases saltan cristalinas y tumultuosas como el agua de un manantial de la montaña. Se nota en ellas el contacto con lo real, la virginidad de la emoción. Luego el artista las extiende, les abre horizontes y las frases que empezaron sugiriéndonos una sensación, terminan por dilatar ante nosotros maravillosas lejanías de ensueños. La técnica de Blasco Ibañez procede por amplificación, como en música la técnica de Liszt.

Esta manera de describir, casi violenta por lo directa, sin nada que recuerde la luz convencional del taller, es lo que nos encanta en sus libros de viaje.

En la espontaneidad y ligereza de la anotación se sienten el roce de lo fugaz, las velocidades escamoteadoras de las sensaciones y las visiones de los panoramas vertiginosos vistos por la ventanilla del wagón. La superficialidad de algunas de sus observaciones es natural. Los ojos que pasan no pueden profundizar. Para ello sería necesario detenerse, y Blasco Ibañez no se detiene. En Italia está dos meses, en Oriente menos de uno. Además, sus peregrinaciones no son por horizontes incoloros, por confines inspidos, donde haya que recluirse en los recuerdos históricos de la región ó en los caracteres psicológicos de sus pobladores para huir de la monotonía panorámica, sino por las ciudades italianas y orientales que marean con su variado color.

Ante el rápido deslizamiento de pueblos y campos, la pupila del viajero sólo retiene las manchas fuertes, las que la hayan deslumbrado con más luminosa intensidad.

El viaje de Blasco Ibañez no es el sentimental de Loti, ni el meditativo de Renán, ni el artístico de Taine; es el simple viaje de placer, de puro é intenso placer ante lo hermoso, de resignada pasividad ante lo vulgar y de espontánea exaltación ante lo grande. Ver otros colores, respirar otro aire, oír otras voces. Es el peregrinaje de una sensibilidad. Muy poca mente, muy poco corazón. Ni pensamientos sobre el futuro, ni lágrima

mas sobre el pasado. Nada más que bellezas deslizándose como una risueña y bienhechora lluvia opra sobre el sediento ramaje de los nervios febriles.

Además del novelista y del escritor de viajes, hay en Blasco Ibañez el político y el propagandista de las ideas modernas. Del político no tenemos para qué ocuparnos, nó porque ignoremos la valía de su labor parlamentaria, sino porque la parte de ella que nos puede interesar—la manifestación de las ideas modernas—se confunde con su acción de propagandista.

Su Casa Editora de Valencia lo ha ayudado muy eficazmente. Ha puesto en manos del pueblo lo más intencionado de la producción científica, sociológica y revolucionaria de hoy. Blasco ha traducido al artista resurrector de las grandes epopeyas de la historia, á Michelet y á los maravillosos historiadores de la naturaleza, á los hermanos Reclus. Su producción oral ha sido larga y vibrante. Inspirados sus discursos en un republicanismo casi virulento, han participado de la ligereza de la sátira y de las fulguraciones del apóstrofe. Su oratoria es de nervio más que de brillo. Ama la frase corta y vigorosa más que el período de largas ondulaciones fluviales. Sus discursos son la exteriorización del bello brío de su espíritu, que se manifiesta aún en la actitud desdeñosamente provocativa con que gusta de dárseos á conocer... en los retratos que nos envía.

Estas condiciones de literato-luchador, de hombre de acción, son las que lo hacen simpático, sobre todo á la juventud, y las que—aparte naturalmente de su talento de artista—lo hicieron ser recibido en Buenos Aires por una multitud ansiosa de estrechar la mano que tantas veces se ha levantado en defensa de los rebeldes...

La ciudad moderna, á pesar de su mercantilismo, sabe rendir homenaje al talento, sabe considerar á los artistas.

Hará más ó menos veinte años, se anunció desde una tribuna académica y por medio de una garganta oficial, la muerte de la poesía. La voz del augur quedó reosnando con la persistencia dolorosa del lamento legendario que vagó por las orillas del Mediterráneo anunciando la muerte del dios Pan... y hoy, en estos mismos días, han desfilaro multitudines delirantes, con fervores nunca vistas, ante Guimerá, en Barcelona, ante Mistral, en Maillane y ante Aicard, en la Garde.

Esto demuestra la resonancia que tiene en los espíritus la voz de quien nos habla de cosas bellas, de quien nos seduce con hermosas mentiras.

En nuestra aspiración, de incansable aletear hacia estrellas que para muchos tardan en despuntar, amamos á quien nos indica luces nacientes en el remoto azul.

¿Qué importa si el azul se desvanece, si la estrella no se levanta? Los instantes vividos en la sagrada alegría de lo bello son imperecederos. son los instantes en que la vida se afirma como algo definitivamente hermoso.

A Blasco Ibañez le debemos muchas de estas fugacidades exultantes. Tenemos, pues, que adelantarnos á darle la bienvenida á nuestra tierra. Nuestra salutación no será tumultuosa como la que le hicieron en Buenos Aires. Para ello se necesitaría cierta excitabilidad nerviosa que nos llevara á una explosión entusiástica y nosotros la tenemos, pero la dominamos en homenaje á la gravedad...

No en vano vivimos el extremo de un continente que se codea con los hielos polares, preocupados sólo de la única gloria que no rechaza ninguna frente, de la gloria política.

Sin embargo, si Blasco Ibañez nos visita, encontrará aquí, como en Buenos Aires, un grupo numeroso, bastante numeroso de seguro, que sabrá comprender y venerar la grandeza de una vida que se consume como grano de mirra sobre las brazos del Arte.

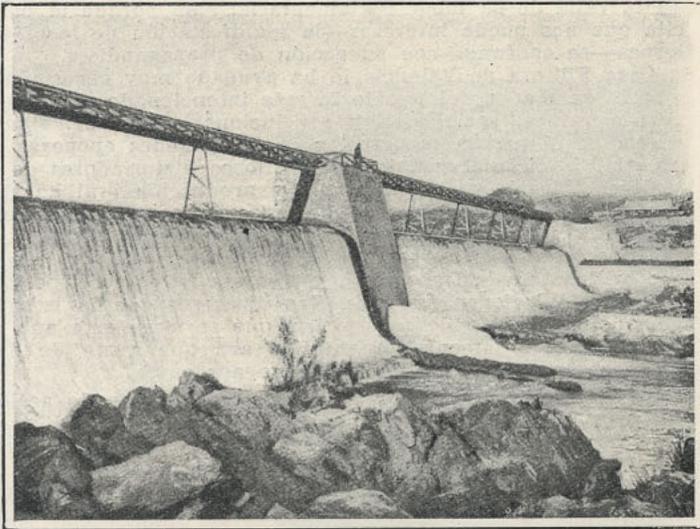
Miguel L. Rocuant



E. Zier.—EN EL BAÑO



El regadío en la República Argentina



Dique distribuidor de Mal Paso, á 15 kilómetros de Córdoba.— Muro de albañilería de m. 6.65 de altura y pasarela superior).

EN una información reciente he leído los siguientes datos sobre los grandiosos progresos que viene realizando la República Argentina en el ramo de la Agricultura:

“En el año último (1908) se sembraron 8.000,000 de hectáreas y la producción fué de 4.500,000 toneladas de trigo, 3.500,000 de maíz, 1.000,000 de lino y 850,000 de avena. La exportación agrícola alcanzó á \$ 240.000,000 y la exportación de la ganadería á \$ 115.000,000, lo que hace un total de 355 millones de pesos oro, augurándose que la exportación agro-pecuaria del presente año subirá de \$ 400.000,000”.

El censo agro-pecuario, según las mismas informaciones, dió cifras sorprendentes, acusando para toda la República 222 mil explotaciones, con una superficie de 116.795,500 hectáreas y una población de 113.500,000 cabezas de ganado, todo lo cual representa un valor de 8,790 millones de pesos oro...

Para que se aquilate mejor esta inmensa población, anotamos en seguida los números que resultan de los últimos censos practicados en la Argentina y Chile, aunque sea deprimente para nosotros la comparación:

	Argentina	Chile
Superficie territorial...	2.950,000 kmc.	750,000 ks.
Ovinos.....	67.000,000	4.530,000
Bovinos....	29.000,000	2.675,000
Caballares....	12.000,000	745,000
Cabríes.....	4.000,000	477,000
Porcinos....	1.500,000	340,000

Es indudable que las condiciones topográficas de la Argentina favorecen en grado sumo el grandioso desarrollo agrícola que esas cifras significan, ya que sus dilatadas pampas y sus abundantes ríos simplifícan las soluciones teóricas y económicas de los múltiples problemas que se presentan; pero sería injusto no reconocer y aplaudir el creciente interés que los poderes central y provincial vienen manifestando al respecto, desde hace unos diez años, como lo prueban suficientemente los estudios hechos y las obras realizadas.

En el último Congreso Científico Pan-Americano, que celebró sus sesiones en Santiago á principios del presente año, se dieron á conocer, en sus rasgos generales, esas obras, en sendas é interesantes conferencias desarrolladas por los distinguidos ingenieros Carlos Wauters y Ferruccio A. Soldano, delegados oficiales del Gobierno argentino, llegándose, con tal motivo, á formular conclusiones de política-hidráulica sumamente interesantes, prestigiadas por el asentimiento unánime de la asamblea.

En las citadas conferencias, se pasó revista á las obras realizadas para propender al regadío en la Argentina y, lo que es más interesante aún, se dió á conocer una serie de proyectos para el aprovechamiento de las aguas en las provincias de San Juan, Mendoza, Catamarca, La Rioja, San Luis, Santiago del Estero, Salta y Buenos Aires, que, una vez egecutados, como lo promete en su último Mensaje el Presidente Figueroa Alcorta, llevarán el riego y la vida á no menos de dos millones de hectáreas de feracísimas tierras. Sólo en las provincias de Buenos Aires y Mendoza, con los proyectos en vía de egecución en los ríos Negro, Diamante, Atuel y Tunuyán, se incorporarán al regadío argentino 1.100,000 hectáreas, lo que hace decir al Señor Wauters:

“Las obras proyectadas para aquellas provincias en los ríos

Negro, Diamante, Atuel y Tunuyán representarán un desembolso de \$ 50.000,000 más ó menos; pero darán vida y vivienda á 15 millones de habitantes, incorporando á la riqueza nacional, con sólo aceptar una valorización media de \$ 200 la hectárea, de más de 220 millones de pesos oro como valorización directa, inmediata, muy inferior á la total que ella determina”.



Ateniéndonos á las informaciones de los conferencistas Wauters y Soldano, los trabajos realizados en la Argentina desde 1900 con respecto á obras de regadío, no han provocado, propiamente dicho, el ensanche de las zonas de cultivo, sino que han sido más bien obras destinadas á mejorar ó asegurar la conveniente distribución y aprovechamiento de las aguas en canales ya construidos, como ser diques distribuidores y sumergibles, semejantes al egecutado en el río Maipo por nuestro distinguido colega y amigo, el ingeniero chileno Don Luis Lagarrigue.

La superficie del territorio argentino se estima en 295 millones de hectáreas, de las cuales no menos de 200 millones ó sea el 68% son llanuras aptas para la agricultura y ganadería y 28 millones susceptibles de regarse.

Sin embargo, la estadística acusa que sólo un 2.6% de éstas están actualmente regadas, porcentaje bastante bajo si se le compara con el de otros países:

	Hectáreas regables	Hectáreas regadas	%
Egipto.....	2.870,000	2.220,000	80.9
India Británica....	87.000,000	14.850,000	17.1
Estados Unidos....	96.000,000	14.000,000	14.5
España.....	3.200,000	335,000	10.2
Argelia.....	3.900,000	205,000	5.4
Argentina.....	28.000,000	725,000	2.6
Chile.....	?	598,000	?

La superficie regada de la Argentina y Chile, clasificada por provincias, es la siguiente:

ARGENTINA

Mendoza.....	249,817 Hcts	Santiago.....	22,800 Hcts
San Juan.....	116,813 "	Salta.....	14,390 "
San Luis.....	52,098 "	Jujui.....	1,900 "
Córdoba.....	169,000 "	Catamarca.....	17,090 "
Tucumán.....	69,873 "	La Rioja.....	10,700 "

CHILE

Atacama.....	12,288 Hcts	Ñuble.....	54,925 Hcts
Coquimbo.....	41,554 "	Concepción.....	5,663 "
Aconcagua.....	35,793 "	Arauco.....	1,474 "
Valparaíso.....	21,208 "	Bio-Bio.....	10,926 "
Santiago.....	91,705 "	Malleco.....	15,482 "
O'Higgins.....	61,046 "	Cautín.....	1,864 "
Colchagua.....	90,000 "	Valdivia.....	1,723 "
Curicó.....	45,052 "	Llanquihue.....	4,468 "
Talca.....	45,123 "	Chiloé.....	881 "
Linares.....	56,062 "	Magallanes.....	31 "
Maule.....	633 "		

En cambio, como lo hemos dicho, se ha completado el estudio de una serie de proyectos que irán realizándose al tenor de un plan determinado, que esboza en un Mensaje reciente el



Dique sumergible sobre el río Mendoza, á 30 kilómetros de Mendoza

Presidente de la República al proponer la iniciación de tres grandes trabajos: El dique Cadillal, en Tucumán, y el aprovechamiento de las aguas de los ríos Diamante y Negro, en las provincias de Mendoza y Buenos Aires.

Estimando de utilidad que estos proyectos sean conocidos en Chile, por si logran despertar una benéfica emulación, vamos á dedicarles algunas páginas á fin de describirlos en sus rasgos generales.



En ríos falibles, de régimen variable y en zonas de lluvias de temporada, que es la característica de una parte de la Argentina y del norte de Chile, el mejor sistema de asegurar el riego es el de construir embalses reguladores. Es lo que han hecho los ingleses en Egipto, con una inversión de 225 millones de francos, como que sólo el dique del Cairo costó 45 millones sin contar la obra de mano; los americanos, en el riego de sus estados del oeste y los argentinos en el dique San Roque (Río Primero, Córdoba) que capta 180 millones de metros cúbicos de agua, que se aprovechan en el regadío de los Altos de Córdoba y en cuya construcción (1889) se gastaron \$ 4.260,000.

El nuevo dique que se proponen construir estará ubicado en el cajón del Cadillal, del río Salí, á 23 kilómetros aguas arriba de la ciudad de Tucumán y 19 kilómetros del actual dique distribuidor de La Aguadita. Su hoya hidrográfica se estima en 4,100 kilómetros cuadrados y la presa consistirá en un muro de albañilería de piedra en mezcla hidráulica de 55 metros de altura y 125,000 metros de cubo. El perfil transversal de este muro tendrá m. 5.50 en el coronamiento y m. 46.75 en la base y servirá para cerrar la boca del cajón de Cadillal, cuyo ancho, al nivel de las fundaciones, sólo alcanza á m. 60 y á m. 225 al nivel del coronamiento del muro.

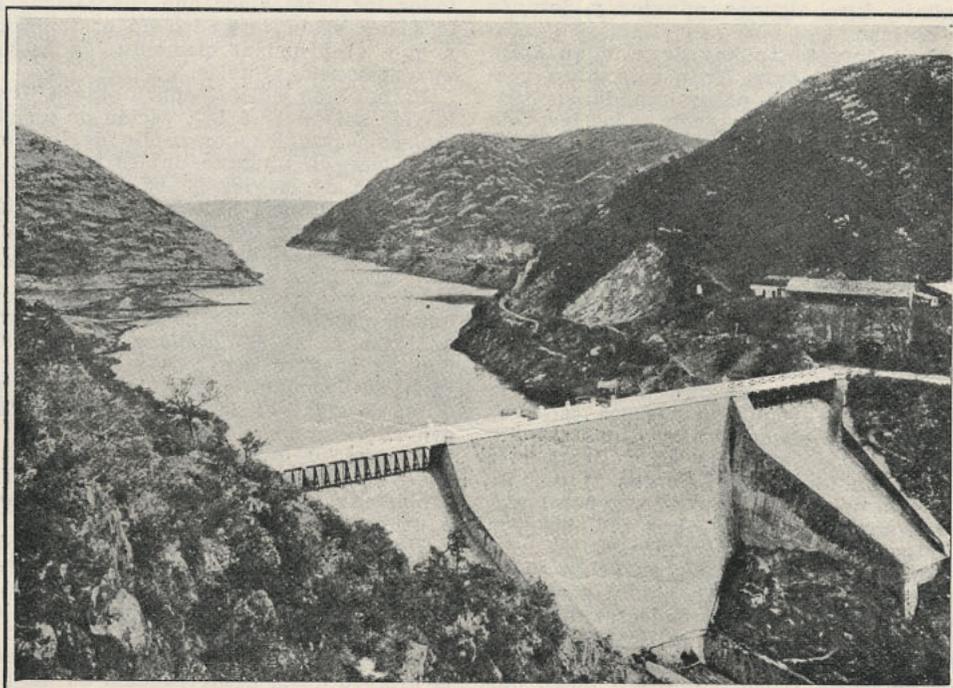
Los aforos practicados en el río Salí acusan un gasto de 370 millones de metros cúbicos de agua por año, distribuidos en 310 millones en la época de lluvia ó de creces y 60 millones en el período seco ó de estiaje.

El muro, como lo decíamos, tendrá 55 metros de altura y será, por consiguiente, después del dique de Crotón (Estados Unidos), que tiene m. 79.25, el más alto del mundo; pero sólo se aceptará como altura de agua, 53 metros, con lo cual se formará tras él una laguna de 724 hectáreas de superficie y 150 millones de metros cúbicos de capacidad. De este modo se cree asegurar el regadío de 100 mil hectáreas (40 leguas cuadradas), ya que su alimentación será continua y permanente por el río Salí, y que el consumo por hectárea no ha de exigir más 0.25 litros por segundo, según las pruebas experimentales hechas al efecto.

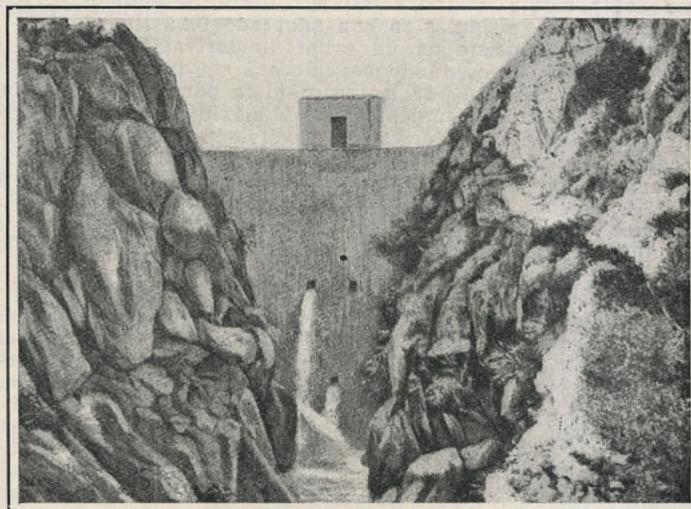
Como se ve, el papel de esta gran represa no será otro que el de acumular aguas que permitan regularizar el servicio del dique distribuidor de La Aguadita, ubicado 19 kilómetros más abajo, sin perjuicio del arranque de nuevos canales á un nivel más alto, que vengan á regar otras tierras. En una palabra, tendrá funciones del todo semejantes á las de la actual represa ó lago artificial de San Roque, que regulariza las funciones del dique-distribuidor de Mal Paso, ubicado á 13 kilómetros aguas abajo de él y á 15 kilómetros de la ciudad de Córdoba.



Las obras proyectadas para el aprovechamiento de las aguas del río Diamante (provincia de Mendoza) son de otra naturaleza.



Dique y lago de San Roque, á 28 kilómetros de Córdoba.—(Muro de albañilería de m. 37 en elevación y m. 14 en fundación. Capacidad de 180.000,000 metros cúbicos, superficie de 1,600 hectáreas y costo de \$ 4.260,000).



Dique de embalse del "Potrero de Funes", á 13 kilómetros de San Luis.—(Muro de albañilería de 22 metros de altura. Capacidad de 10.000,000 metros cúbicos y un costo de \$ 25,000).

Elas consistirán en la construcción de un dique distribuidor en el arroyo Pedernera, semejante á los ya citados de la Aguadita, y de Mal Paso en Argentina y río Maipo en Chile. Tendrá m. 13 de altura, provisto de cuatro compuertas Stoney de m. 2 x m. 2 de superficie, colocadas al nivel del fondo y dos aberturas de m. 6 x m. 8, cerradas por compuertas del mismo sistema, colocadas m. 7 más arriba, á orillas de las barrancas. Estas seis compuertas están calculadas para dar paso á un volumen de 380 metros de agua por segundo, ó sea superior al de las más altas creces observadas. Si todavía aquellas no fueran suficientes, el agua excedente puede derramarse, á manera de vertedero, por el coronamiento del dique.

De ambas márgenes del río, norte y sur, arrancarán dos grandes canales: el primero destinado al regadío de 264,000 hectáreas, con un gasto de 44 metros cúbicos por segundo y el otro, que regará sólo 36,000 hectáreas, con un caudal de 6 metros cúbicos por segundo, ó sea un total de 300 mil hectáreas.

El canal matriz norte se bifurcará á su vez en dos ramas ó canales principales, denominados Colonia y Resolana y otro tanto se hará con el canal matriz sur, que se bifurcará en los canales denominados Diamante y Atuel.

En cada uno de estos canales se proyectan saltos capaces de producir una gran fuerza hidráulica: 20,000 H P el canal norte y 4,500 H P el canal sur.

Como complemento de estas obras se proyecta así mismo un sistema completo de desagüe de los futuros campos regados.

El presupuesto de todas estas obras es el siguiente:

Dique Pedernera.....	\$ 619,648	m/n
Canal matriz norte y bifurcaciones.....	2,309,717	"
Canal matriz sur y bifurcaciones.....	1,430,500	"
Desagües norte y sur.....	1,145,915	"
Total	\$ 5,505,780	m/n

Repartido el presupuesto de las obras de riego propiamente dicho, dique y canales, proporcionalmente á la zona destinada á servir, representa un costo por hectárea regada de \$ 23.60 en la zona tributaria del canal norte y \$ 33.05 en la del sur, á los cuales habría que agregar \$ 8.85 y \$ 12.40 por hectárea, respectivamente, si se toma en cuenta el valor de las obras de desagüe proyectadas.

El consumo de agua por hectárea-segundo se estima en 0.20 litros, en conformidad á los resultados que arrojan los campos de experimentación, con lo cual el río Diamante, cuyo aforo ha dado un volumen de 1,570 millones de metros cúbicos por año, asegura el regadío de una zona de 300 mil hectáreas.



En cuanto á las obras del río Negro, son de mayor importancia aún, por estar destinadas al regadío de 375 mil hectáreas en la propia provincia de Buenos Aires (Partido de Patagones) y de las cuales 230 mil ó sea el 62%, pertenecen al Estado, lo cual permitirá una amplia colonización.

Los aforos del río dan un caudal medio anual de 946 metros cúbicos por segundo y los ensayos practicados en una chacra experimental, creada ad-hoc, dan

como valor medio del consumo por hectárea-segundo 0.18 litros; pero en los cálculos se han adoptado 0.25 litros.

El proyecto consiste en un canal de derivación, ubicado en la Bajada del Turco, donde se colocará un dique-puente, que provocará el acceso de 548 metros cúbicos por segundo al canal de entrada, admitiendo únicamente un máximo de 270 metros cúbicos en el canal de derivación y volviendo el excedente, por un canal de descargue, al canal del río. El canal de derivación propiamente dicho tendrá 60 metros de ancho en la solera de fondo, 4 metros de altura de agua y m. 0.10 por kilómetro de pendiente, lo que permitirá su navegación para embarcaciones de 1,200 á 1,300 toneladas de desplazamiento, 61 metros de eslora, 9.15 de manga y 3.66 (12 pies) de calado.

En esa forma, el canal de derivación vendrá á asegurar la navegación del río en 60 kilómetros, aguas abajo de la Bajada del Turco, para embarcaciones de 12 pies de calado, el cual, mediante trabajos extras puede prolongarse 71 kilómetros más, ó sea hasta el puerto de San Blas, aprovechando depresiones naturales del terreno, que vendrían á formar lagunas como la de Las Salinas, que tendría 20 mil hectáreas de superficie y 24 metros de profundidad.

Las obras de riego propiamente dichas se estiman con un costo de \$ 30.000,000 en números redondos, i si se quisiera prolongar el canal navegable hasta la bahía San Blas, habría que aumentar en \$ 10.000,000 más ó menos ese presupuesto, sin contar todavía los capitales de explotación, administración de las tierras y mejoramiento de los caminos, que se estiman en 90, 25 y 5 millones de pesos respectivamente, ó sea un total de \$ 160.000,000 más ó menos.

Según lo refieren los telegramas últimos, el Ejecutivo ha pasado al Congreso argentino un Mensaje sobre el particular, proponiendo que estas obras sean hechas por empresas particulares, que obtendrían su pago en concesiones de tierras, para lo cual hay diversos sindicatos que se interesan.

El ingeniero Wauters, refiriéndose al porvenir de estas obras, dice:

"Regadas estas tierras y ofrecidas á la colonización, son tan buenas ó mejores que las del Far West americano, donde los Estados Unidos internan más de 800 mil personas al año, á quienes exigen un aporte pecuniario medio de \$ 58.54 más ó menos, sin contar que las autoridades federales imponen otras medidas restrictivas á la entrada de inmigrantes. La zona beneficiada en Patagones (Río Negro, provincia de Buenos Aires) puede recibir fácilmente de cuatro á cinco millones de colonos; y si se tiene en cuenta que imponiendo un aporte pecuniario igual al americano, ellos solos representarían un capital de trabajo y explotación de \$ 250.000,000 en números redondos, es fácil ver que no habrá necesidad entonces de ser tan exigente para conseguir que ellos mismos aporten los 115 millones más ó menos que calculábamos más arriba como necesarios".



Después de describir someramente en qué consisten los tres grandiosos proyectos de regadío, Cadillal, Diamante y Río Negro, cuya próxima construcción anuncia ya la prensa argentina, huelgan los comentarios.

Sólo nos resta decir que esos tres proyectos han sido elaborados por una serie de comisiones de ingenieros bajo la inmediata dirección de mi distinguido amigo y colega argentino, don Carlos Wauters, quien ha tenido la deferencia de enviarme una serie de volúmenes impresos, en los que se consignan los planos y detalles técnicos y económicos pertinentes.

Hemos considerado útil concentrarlos en estas páginas á fin de que sirvan de estímulo á nuestros poderes públicos, que inician al país en estas clases de obras y que la futura Oficina Nacional de Riego sabrá impulsar.

Santiago MARIN VICUÑA

Santiago, Junio de 1909.

Ingeniero

El origen de la vida

Creadores e imitadores.—Imitar la vida no es crearla.—Como se originaron los primeros seres vivientes.—Síntesis del protoplasma

TODO el mundo sabe que hay biólogos que sostienen que, andando el tiempo, el químico podrá, gracias á ciertas combinaciones efectuadas en condiciones que todavía están por determinar, crear, por medio de sustancias inanimadas, la materia viviente. Esta materia será muy elemental sin duda; pero, aún cuando no sea más que una gelatina amorfa, se habrá dado un gran paso en la ciencia.

¿Hay algo en lo que se puedan fundar sólidamente estas esperanzas? La materia que se obtenga, ¿será verdaderamente viviente ó sólo orgánica? Todas las especulaciones que se hagan alrededor de estas preguntas será perder el tiempo, y lo único que se debe hacer, por ahora, es experimentar, que el tiempo nos hará conocer la utilidad de estas experiencias.

Hay una razón para no abandonarlas y es: si se puede crear la vida á expensas de lo inanimado, con más razón se puede sostener la teoría de que la vida, en sus orígenes, tiene que haber sido creada de la misma manera; pero repetimos que, en el estado actual de las cosas, todas las especulaciones filosóficas están sobrando, y, fuera del interés científico, el estudio de la plasmogénia no nos conduce á ninguna consideración filosófica digna de tomarse en cuenta; por lo tanto, dedicaremos toda nuestra atención, en este asunto, á los estudios científicos meramente experimentales.



No pasa un año sin que los que se dedican al estudio de la producción artificial de la vida declaren que han hecho grandes progresos.

Uno de los más recientes es la fabricación de celdillas artificiales por M. Leduc, el sabio físico de Nantes, y los radiobios de J. E. Burke.

Las celdillas artificiales son, realmente, muy curiosas. Las fabrica M. Leduc

por medio de un gránulo de sacarosa y de sulfato de cobre, por ejemplo, que deja caer en agua que contiene un poco de ferrocianuro de potasio, sal marina y gelatina.

Después de algunos minutos, el gránulo, al que bien pudiera llamarse grano, germina. Empieza á hincharse, se alarga, se agranda, forma tallos y raíces; es decir, prolongaciones, hacia arriba y hacia abajo. Estos tallos y raíces se ramifican, y en los primeros aparecen inflamamientos que se asemejan mucho á frutos. Este trabajo dura algunos minutos y después se detiene.

En todo esto no hay de vida un ápice más que de magia. Todo se explica perfectamente por la naturaleza de las sustancias puestas en contacto y las leyes de los fenómenos físicos y químicos. Pero hay que convenir en que la experiencia es sumamente curiosa, y que las semejanzas entre los vegetales de la naturaleza y los artificiales de M. Leduc son sorprendentes.

Y lo mismo que no hay nada de vida en la anterior experiencia, no hay en la de los radiobios de Burke. Cualquiera puede obtenerlos dejando caer un poco de cloruro ó bromuro de radio en un caldo de gelatina. Se verá inmediatamente la formación de pequeños cuerpos esféricos infinitamente pequeños. Pero un físico inglés ha hecho ver que no se trata más que de un fenómeno de orden puramente químico, debido al bario que, generalmente, acompaña al radio. Los radiobios son sulfitos insolubles, nada más.

En todas las "imitaciones de la vida" que se han hecho hasta ahora, sucede lo mismo; por muy sorprendentes que parezcan á primera vista, se llega á la convicción de que no son más que fenómenos de orden físico ó químico luego que se les estudia con detenimiento.



Pero es que, en todos estos casos de imitaciones, no se ha trabajado con sustancias que tengan la menor analogía con la materia viviente: el protoplasma.

El protoplasma, animal ó vegetal, es una sustancia sumamente compleja desde el punto de vista químico, formado de carbono, azoe, hidrógeno y oxígeno. Y el biólogo no conoce todavía ninguna sustancia viviente que no sea una albúmina, una materia proteica. ¿Podría existir la vida en relación con otra clase de sustancias? Quién sabe. Lo que sabemos es que todos los seres vivos que conocemos hasta ahora están formados de protoplasma, y que el principal elemento de éste es una sustancia proteica.

Para el biólogo, por lo tanto, crear la vida se reduce á la creación de un protoplasma proteico por medio de la síntesis. Como en ninguno de los trabajos de imitación de la vida se ha hecho uso de ninguna sustancia proteica, no se les puede tomar en consideración desde el punto de vista de la biología; serán muy curiosos, pero nada instructivos.

La cuestión no es provocar fenómenos que se parezcan á los de la vida ó formas análogas á las de algunos seres vivientes; se necesita otra cosa: hacer la síntesis de la materia proteica; los "creadores de vida" es de lo que menos se han ocupado.

En vista de esto, habrá que dejarlos en paz y dirigir nuestros ojos al verdadero problema: á la síntesis del protoplasma ó un compuesto que le sea semejante.

Hasta hace pocos años esto parecía imposible. Las protexinas son cuerpos muy complejos y no se hallaba la manera de llegar á producir estructuras químicas que se les asemejaran.

Ahora la cosa ha variado. Estudiando el proceso de la desagregación de las proteínas bajo la influencia del jugo digestivo, se ha visto que se descomponen en cuerpos de complejidad decreciente, de

los cuales los últimos son bastante simples y pueden ser producidos por la síntesis de una manera relativamente fácil, sin la intervención de un organismo cualquiera. El hecho de que se pueda obtener, por síntesis, los cuerpos inferiores de la serie, hace suponer que, por ascensiones sucesivas, se podrá llegar á los cuerpos principales de la escala.



Los importantes trabajos del químico alemán Fisher y de su escuela han hecho ver, en efecto, que las proteínas están compuestas de elementos menos complicados que se llaman amino-ácidos, y que éstos son la base de toda materia viviente. Estos amino-ácidos son todos compuestos de un hidrocarburo, es decir, de una azúcar simple, ó alguna otra combinación de carbono, oxígeno é hidrógeno, ó de carbono y agua, unido al radical del amoníaco, que suministra el elemento azoe, indispensable para la formación de una proteína.

Ahora es un hecho que se puede producir, de una manera sintética, los amino-ácidos.

M. Ciamician ha hecho ver que se les puede obtener haciendo obrar el ácido prúsico sobre la acetona, en presencia de la luz. Por otra parte, como lo ha demostrado Berthelot, se puede hacer ácido cianídrico ó prúsico por medio del acetileno, el cual, á su vez, ha sido obtenido por síntesis, y se puede obtener la acetona también por la vía sintética. De manera que un amino-ácido puede ser formado en todas sus partes, sin tener que recurrir, por nada, á un elemento vital.

Es verdad que, para obtener una nucleína ó una proteína, no basta tener un amino-ácido. Es necesario que éste haya podido adquirir fósforo y unirse con él. Y si se llega á obtener esto por medio de la síntesis, tampoco se tiene la seguridad de obtener una proteína viviente. Pero lo indicado es seguir la experiencia hasta llegar á su terminación, y esto es lo que se trata de hacer.



¿De qué manera? Esto es lo que nos dice Carl Snyder en un hermoso artículo que acaba de publicar con el objeto de responder á dos preguntas: la primera, para saber cómo se produjo la vida naturalmente, y la segunda, relativa á la manera de producir en el gabinete del químico.

Todo depende de la planteación correcta del problema. Hasta ahora esta tarea era imposible; pero se va viendo más claro.

En primer lugar, ¿cómo y en qué condiciones el óxido de carbono pudo combinarse con el agua para formar algún hidrocarbonado simple, como la formaldeida, por ejemplo, que se puede fabricar á voluntad haciendo obrar la descarga eléctrica silenciosa sobre una carga de agua y de ácido carbónico? ¿Y en qué condiciones pudo este hidrocarbonado simple ponerse en presencia de un compuesto azoado como el amoníaco ó el ácido prúsico para formar un amino-ácido?

En segundo lugar, ¿cómo pudieron los amino-ácidos unirse entre ellos para formar las proleptidas complejas, ó protei-

nas, que son, en la digestión, productos de la acción de los jugos digestivos sobre las nucleoproteínas, y cómo pudieron éstas proleptidas unirse al ácido fosfórico para formar las nucleoproteínas?

Pero esto no es todo. Pues una proteína puede ser muy compleja y muy bien caracterizada sin ser viviente. Se necesita algo más. Hay que saber cómo estos compuestos nucleínicos, una vez formados, adquirieron la aptitud de la autosíntesis y la facultad de formar gránulos vivientes, aglomerados en celdillas simples, con las manifestaciones de la vida.

Consideraremos uno por uno los anteriores puntos.

Para comenzar, necesitamos aldeida ó una sustancia semejante. Como sabemos que se le puede producir en los laboratorios haciendo pasar la corriente eléctrica silenciosa por una mezcla de ácido carbónico y agua, hay que ver en qué medios puede producirse naturalmente.

No hay mucho donde elegir. Para la formación de la formaldeida, según el procedimiento indicado, se necesita una cierta concentración de ácido carbónico y de vapor de agua. Pero, ¿acaso la atmósfera primitiva presentaba el grado de concentración necesario?

Nada permite suponerlo.

Por otra parte, la misma síntesis se puede efectuar en presencia del magnesio; pero, ¿acaso el océano que existió cuando se inició la vida era bastante rico en magnesio? No se sabe nada sobre este particular. Por lo tanto, hay que rechazar, como faltas de fundamentos, las hipótesis de que la vida haya sido iniciada en el agua ó en el aire.

Además, si acaso se hubieran prestado esos medios á la reacción primordial, sin duda que no se hubieran prestado á la siguiente, á saber: la que puso á la aldeida en presencia de un compuesto azoado.

Por lo tanto, hay que buscar otro medio. Mr. Snyder se pregunta si no se podría tomar, como lugar para el origen de la vida, la cercanía de los volcanes.

Nótese, en efecto, que mientras no existió el sér animado, el único manantial de ácido carbónico que hubo fueron los volcanes. son también los principales productores de compuestos azoados y al mismo tiempo de ácido fosfórico. Así es que los volcanes son los centros que presentan las mayores probabilidades de haber sido los orígenes de la vida animada.

Seguramente que no emiten vapor de agua, como se creyó durante mucho tiempo, pero arrojan gran cantidad de hidrógeno, ácido carbónico y amoníaco. Todo esto es arrojado á la atmósfera en forma explosiva. El hidrógeno arde y forma agua. Por lo tanto, tenemos, durante una erupción, abundancia de ácido carbónico, de vapor de agua y de amoníaco, que son los elementos esenciales de la síntesis. Con estos elementos, lo más probable es que la síntesis natural se haya efectuado. Pero, ¿se habrá efectuado efectivamente? Sólo una atenta observación puede decidir este punto.

Habría que observar si en las cercanías de los volcanes se manifiesta de alguna manera una efervescencia, por decirlo así, de cuerpos vivientes, y ver si esta efervescencia se exacerba después de una erupción.



El volcanismo ha existido desde los tiempos más remotos del planeta. Mr. Snyder cita como ejemplo una erupción del Deccan, en las Indias, que cubrió con lava una superficie de 300,000 kilómetros cuadrados á una altura de 1,800 metros. Seguramente una erupción que produjo tanta sustancia debe haber sido acompañada de una elevación de temperatura de gran importancia y de una expulsión de ácido carbónico, y al mismo tiempo de amoníaco y de vapor de agua.

Es verdad que no se sabe cuáles son las condiciones que deben llenarse para que se efectúen las etapas finales de la síntesis; pero entre las muy diversas que acompañaron la erupción, bien puede haber habido las necesarias.

Lo que parece cierto, á priori, es que el procedimiento de la síntesis debe haber sido el contrario del que muestra el análisis. En la digestión, por ejemplo, se hace la destrucción de la molécula de proteína por etapas sucesivas. Cada día conocemos más del proceso de desintegración; seguramente que el de integración debe ser el inverso.

Vemos que en laboratorio, un producto complejo se descompone en dos amino-ácidos; seguramente que su formación debe haber sido lo contrario.

Lo que no es muy claro en el proceso ideado por M. Snyder, es la manera como se unieron los azoados con el fósforo, sustancia indispensable para la vida; y no es que no haya habido fósforo en la naturaleza: lo que no está claro es el procedimiento por medio del cual se haya podido ligar á los primeros elementos orgánicos.

Se ve perfectamente cómo se ha podido formar la formaldeida; quizá el ácido fórmico y otros hidrocarburos simples. Quizás no haya sido muy difícil para esos hidrocarbonados, en el momento de su formación, combinarse con el radical amino ó con el ácido prúsico, para formar amino-ácidos simples. Después de esto se ha necesitado la unión del ácido fosfórico á ellos, y el magnesio, para formar cuerpos casi vivientes, del orden de los fermentos. Y más tarde se ha necesitado la agrupación de las partículas vivientes en grupos elementales, cuya asociación ha dado por resultado la constitución de la primera celdilla viviente.

¿Cómo? Se ignora todavía; hemos llegado al principio de la historia, pero no se sabe si llegaremos al fin.

De lo que tenemos seguridad es de que el estudio de la creación de la vida ha entrado por una vía de la que no saldrá nunca.

Todas las imitaciones de los fenómenos vitales carecen de interés y no nos llevarán á nada.

Puesto que la materia viviente es invariablemente protoplasma y tiene por base las proteínas, los compuestos cuaternarios de los químicos, es evidente que no se hará trabajo útil mientras no se trate de crear esos elementos cuaternarios por la vía sintética.

Esto es lo que tratan de hacer muchos químicos con un éxito cada día mayor, lo que ha hecho nacer grandes esperanzas.

Por ahora, nos abstenemos de discutir las ventajas que tendrá el descubrimiento del protoplasma sintético, porque es de muy mal efecto andar vendiendo la piel del oso cuando no se ha cazado al animal.







CHILENOS FUERA DE CHILE.

LA sobremesa se había prolongado y todos oíamos con interés al diplomático que acababa de regresar al país tras de una ausencia de 20 años. Contaba anécdotas de viaje, describía costumbres exóticas, estaba locuaz, prolijo y brillante en sus narraciones y parecía, en medio del círculo de sus viejos amigos, un peregrino que al volver de remotas tierras quiere pagar la hospitalidad que se le brinda con la narración de sus varias experiencias.

Sentíamos en su relato un calorillo patriótico que nos hacía bien, que nos caldeaba el alma, y veíamos con placer íntimo que los años de ausencia antes habían fortalecido que amenguado en su alma el sentimiento nacional.

—Causa una emoción agradable encontrarse con los compatriotas en el Extranjero, decía el diplomático, contestando una pregunta, y muchas veces una de esas visitas inesperadas le llevan á uno como una brisa de la patria, un viento de Chile que refresca el alma y mata los gérmenes de la nostalgia. Pero yo tengo á este respecto mis ideas y hago distinciones: la compañía del chileno de verdad, del que sigue pensando y sintiendo como chileno, lo pone á uno en contacto aliviador con su raza y lo confirma en su amor á esta tierra; pero el **transplantado**, como ha dicho Blest Gana, el que se empeña en adquirir ideas, costumbres pegadizas, el que reniega de su carácter nacional y quiere parecer lo que no es, ese tuvo siempre el poder de irritarme y de entristecerme.

De mis encuentros con chilenos en mis viajes no me dejaron los mejores recuerdos esos que afectaban olvidar el español y no sabían hablar francés sino para estropear el propio idioma con cuatro términos de la jerga de los bulevares, aprendidos de un camarero de café; ni los que se reunían á lamentarse de haber nacido en un país tan atrasado; ni los que solían llegar á Londres muy de prisa en demanda de un sastre y de un comerciante en corbatas.

Viven en mi memoria, guardados con afecto, otros tipos que pasaron á mi lado en esos viajes y con los cuales sentí que me unía una íntima fraternidad, porque ellos paseaban triunfalmente por el mundo su carácter nacional, su raza, su orgullo de ser chilenos, por entre la babelia de los caracteres, las razas y los orgullos de todos los pueblos.

Pocos meses ha, cuando al regresar de los Estados Unidos desembarqué en Kingston, la arruinada capital de Jamaica, hallé en esa colonia británica, entre los negros y los ingleses, á uno de esos compatriotas de verdad, que arman sus tiendas chilenas donde quiera que vayan y parecen envolverse con sus lares y penates en una atmósfera llevada de los valles andinos y milagrosamente conservada contra la presión de los ambientes más adversos.

Vagando en los alrededores del desembarcadero, ví delante de una barraquilla de tablas,alzada sin duda después del terremoto, una muestra que decía: **Pan American Saloon** y que tenía en un extremo pintada la bandera de los Estados Unidos y en el otro la bandera de Chile.

Entré sin dudar ni un momento y allí estaba, detrás del mesón, con su chaqueta blanca y un gran aire de ser el patrón, un hombre joven, moreno, con el tipo fuerte y regular de nuestro pueblo.

—¿Ud. es chileno?

—Chileno, mi caballero, ¿y Ud. también?

Un apretón de manos, muchas efusiones, respuestas á las primeras preguntas sobre mi viaje, y éramos dos viejos amigos que charlaban en una de las mesillas del restaurant Pan-Americano, cuyo dueño veía este continente limitado al norte por los Estados Unidos y al sur por Chile.

Más adelante y mientras me hacía servir un **lunch**, mi nuevo amigo me hizo sus confidencias.

Salió de Chile en un vapor de la Sud-Americana; tendría entonces 15 años y como todos "se arrancó de la casa". Trabajó en la costa desde Valparaíso á San Francisco año tras año con aventuras de toda suerte, con algunas visitas forzadas á los depósitos de policía de diversos puertos. Pero aprendió mucho en esas idas y venidas. Vió el mundo y conoció gentes de todas clases. Fué marinero y mozo de fonda, fué mecánico en Méjico y guardián de policía en Guayaquil, tuvo un bote propio en Antofagasta y peleó en una revolución en Honduras. Por fin vino la guerra de Cuba y en los barcos americanos buscaban gente temeraria, de pelea, que conociera la mar y tuviera el ojo educado para apuntar un cañón. Entonces sirvió en una corbeta y anduvo entre las balas y hasta hubo una que se le clavó en un hombro y le dejó uno de los brazos á mal traer. Después mejoraron los tiempos; sirvió en la Habana bajo los americanos, reunió algún dinero y se casó con una cubana.

—Venga, señor, me dijo, invitándome á pasar á la trastienda cuando llegó á esa parte del relato—le voy á presentar á mi señora.

Y abrió una puerta que nos dió entrada á una salita limpia y pulida, salón y comedor á la vez. Desde la mesa, una moza entrada en carnes, que llevaba al aire los brazos morenos y rollizos, nos miró con unos grandes ojos negros. Era la señora del compatriota.

Después vino el chico, que tenía seis años y llevaba en el rostro todas las marcas de su raza araucana.

—A ver, dijo el dueño de casa, cántale á este caballero la canción de Yungay.

Y el chico prorrumpió en un canto estridente y atronador que denunciaba sus poderosos pulmones: —"Cantemos las glorias del triunfo marcial..."

Miré hacia las paredes. En un lado había una fotografía de la cubana y el chileno cogidos de la mano, ella con el velo nupcial. En el muro opuesto estaba desplegada como una tapicería una bandera chilena, sobre cuyo fondo una pésima litografía pretendía ser retrato de Manuel Rodríguez con esta inscripción: —"Aún tenemos Patria, ciudadanos".

Ustedes se reirán, pero deben creerme que todo aquello me enterneció y que cuando volví al vapor en la tarde, después de recorrer la ciudad guiado por el dueño del Pan American Saloon, me eché á llorar, mientras él, la cubana y el chico, agitando sus pañuelos y sombreros, me gritaban desde el malecón: —"¡Viva Chile! ¡Viva Chile!"

—Recuerdo también, siguió diciendo el diplomático, que iba sacando sus memorias enredadas unas en otras, á un roto que llegó á la Legación en Londres á pedir que lo repatriáramos.

—¿De dónde vienes? le pregunté.

—De Singapore, contestó, como si dijera que acababa de salir de la casa vecina.

—¿Y qué andas haciendo?

—Navegando, pues, patron, y me alargó la libreta de los marineros en que constaban sus viajes.

Había salido hacía dos años de Valparaíso hacía el norte; había rodado al azar de un puerto á otro; se había embarcado en San Francisco para el Japón; de ahí había ido y venido por los mares del Asia y, por último, una barca sueca lo trajo de Singapore á Londres y lo dejó ahí, al borde del colosal labe-

rinto humano, como una gota de agua que cae de las nubes al mar.

Era un hombrecillo de 22 años, pequeño y fuerte, casi cuadrado, con los ojos pequeños y muy vivos bajo la cabellera tiesa y revuelta. Una gorra mugrienta le caía sobre la oreja. Sus vestidos y toda su persona divorciada del jabón oían á brea, á bodega de buque, á playa de puerto comercial.

Nunca he visto un aire de superioridad comparable al que ese marinero tomaba al hablarnos de su vida en Londres durante 8 días. Consideraba á los ingleses seres inferiores, cándidos, susceptibles de ser engañados por un niño, buenos en el fondo, pero rueltamente simples.

Se había hospedado en uno de esos admirables asilos para marineros que hay en todos los puertos ingleses y que dirigen piadosamente algunos sacerdotes anglicanos.

—El curita, decía, me pasó un libro y de ahí todos cantaban y yo también me hacía que cantaba pa que no ijera ná. Ondé verá Ud., señor, que el nombre me agarró cariño y me convidó pa la Iglesia y yo fuí, pus, porque uno ha de ver de too. Pa mí que era protestante y capaz que hasta sea pe-

cajo; pero yo lo hacía por seguirle la broma no más. Y estuvisimos cantando en la Iglesia como dos horas y el curita predicó un sermón. Entonces me dió este certificao y me dijo que viniera á la Legación, porque yo le conté que era chileno.

Y me mostró una recomendación del venerable pastor en que hablaba de la buena conducta del simpático bellaco en el asilo, de sus excelentes costumbres y su piedad. Como yo me sonreiera, me dijo maliciosamente:

—Si lo tengo bien empalicao, patrón, no vé que ei dan alojamiento y de un too si acaso uno dice que es protestante...

Y se refa del candor del pastor y de la inferioridad intelectual evidente para él de todos los ingleses que había conocido

—¿Qué hay de nuevo por Chile? me preguntó después con un interés sincero.

—Que se murió el Presidente.

—¿Don Federico Errázuriz?

—Sí, don Federico.

—¿Y quién es Presidente ahora?

—El nuevo Presidente es don Germán Riesco.

—¿Cómo, patrón?

—Don Germán Riesco.

El roto frunció las cejas, se quedó un momento como quién hace memoria y luego repuso con un acento ligeramente escéptico:

—No lo ai óido mentar. Enseguida añadió: Era que se la hubieran dao á don Vicente Reyes, como la vez pasaa se la quitaron.

Aquel hombrecillo vagaba por el mundo absolutamente seguro de sí mismo, sintiéndose superior á todos, lleno de recursos, sin miedo á la vida, orientándose en el colosal laberinto de Londres con facultades de perro cazador, conversando con los policemen y haciéndolos sonreír paternalmente con sus chistes en jerga marinera, tan á sus anchas como si estuviera en el malecón de Valparaíso.

¿Por qué viajaba? ¿Por qué no se estaba quieto en su tierra? El me lo había dicho, resumiendo en una frase el espíritu aventurero de su raza, mezcla de soldado español de la conquista y de indio vagabundo:

—Hay que ver tierras, patrón, pa que á uno no le cuenten cuentos!

Y había dado tranquilamente la vuelta al mundo.

✽ ✽

—Pero el caso más interesante y más revelador, siguió diciendo el diplomático, el que más me habla de las energías y de la inteligencia de los chilenos es el de X, y nombró á un conocido profesor de idiomas que tiene una posición decorosa en la enseñanza pública...

Lo encontré un día en Londres y supe por un incidente casual que era chileno. Vivía en la gran ciudad desde hacía un año. Había llegado hasta allí gastando unos ahorritos reunidos con gran pena en aquellos años de su primera juventud, porque quería practicar idiomas después de graduarse en el Pedagógico.

Atraído por un anuncio de los diarios, se presentó al concurso abierto por un colegio para proveer una plaza de profesor de niños pequeños. Obtuvo el empleo y allí estaba, ganándose la vida, practicando el idioma y enseñando á ingleses.

Por cierto que me habló con algún desdén, y tal vez con muchísima razón, de los métodos británicos que calificaba de anticuados, demasiado conservadores y bastante ilógicos.

Cuando pienso en él, cuando veo á ese admirable luchador que se fué á Europa en esa forma porque no logró empeños para hacerse pensionar por el Estado, me siento reconfortado y algo me dice que tras de nosotros viene una generación mejor armada que la nuestra.

✽ ✽

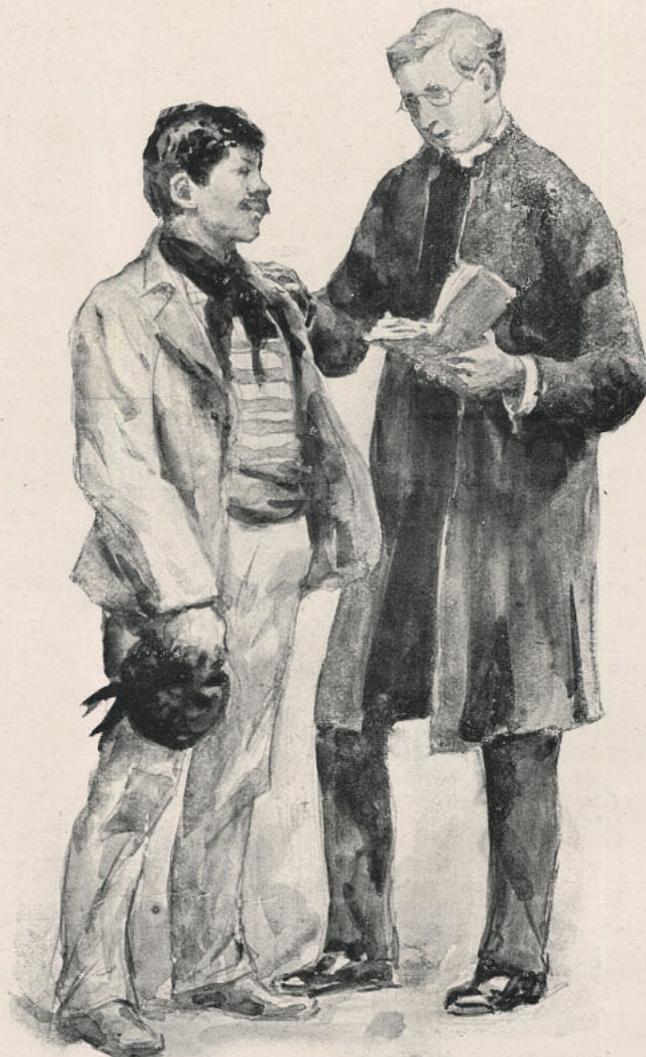
—Estos son y otros como estos, terminó el diplomático, recuerdos que yo evoco con placer porque en las soledades de los viajes y las nostalgias de la vida de extranjero, esos tipos me dieron la sensación vigorosa y sana de mi raza, que se parece á la anglo-sajona en la conciencia que tiene de su fuerza y de sus destinos, que á ningún pueblo de la tierra cede en orgullo nacional y que vá por todas partes, vagabunda y aventurera, con el corazón puesto en sus montañas, con el alma más chilena mientras más se aleja de Chile.

Y cuando el diplomático dejó de hablar, nos dimos cuenta de haber sentido pasar por nuestros nervios el sacro estremecimiento de la emoción sincera.

Hubo un silencio. Nuestra imaginación recorría la tierra y enviaba un pensamiento fraternal á todos los chilenos disper-



“Cantemos las glorias del triunfo marcial”



“El curita me tomó cariño”

sos por el mundo, á los que navegan, á los que luchan, á los que sueñan con su tierra, á los que en sus penurias creen oír como un consuelo el murmullo de las canciones bélicas, á los que mueren bajo otros cielos y duermen bajo otro suelo el sueño de la paz.



VIRGEN DE MURILLO



ROCA VIVA

AQUELLA tarde era Sábado, día de socorro, y los mineros perjeñados con sus atavíos de fiesta, descendían en grupos las ásperas faldas de las Coimas tajadas aquí y allá por hondos barrancos.

Las monedas tintineaban dentro de los bolsillos y todos iban alegres con la expectativa del Domingo pasado en las fondas de San Felipe.

Caía la tarde y los últimos arreboles teñían con tonos cálidos los picachos del monte, mientras abajo la ensenada del Endón y todo el llano por donde corría serpenteando el Aconcagua empezaban a velarse de brumas grises. En la ribera opuesta los cerros de Quelunquen erguían su perfil dentellado, echando sobre el valle una gran mancha de sombra.

El Vizco descendía solo, rebotando entre las rocas con atrevidos saltos que contribuían a hacer más extraña su figura rechoncha, de amplios hombros, entre los cuales se incrustaba una cabeza enorme y a cuyo rostro de cretino daba un gesto huraño el marcado estrabismo de los ojos. Avanzó así hasta llegar a un recodo del sendero que circuía el aprisco vecino a la casita de la Chinda, donde se detuvo azorado. Allí estaba la muchacha sujetando entre los labios un manojo de quintral, mientras ordeñaba las repletas ubres de una cabra.

Al oír los pasos volvió el rostro y, distinguiendo al minero, hizo un mohín de disgusto. Irguió el busto antes de interrogar con tono duro.

—¿Qué me miras?

Era la Lucinda una moza garrida y montaraz, fuerte a causa de las continuas errancias por los cerros donde apacentaba su ganado, de senos erectos y firmes, de amplias caderas como ánforas llenas de vida y con el rostro moreno por los besos del sol y del viento.

Los ojos del Vizco acentuaron su divergencia y repuso con voz ronca y tímida:

—¿Te doy miedo?

—Nadie me causa miedo; me fastidias.

El otro insinuó con un dejo de rencor:

—Sí, yo te fastidio, pero Custodio...

La moza estuvo un instante indecisa y luego replicó pausadamente, con voz que fingía humildad:

—Cierto que lo quiero, ¿y a tí qué te importa?

El Vizco contestó resignado, la cabeza gacha:

—Me importa porque yo te quiero más, mucho más... Te quiero—repetía con la obsesión de su cerebro torpe, incapaz de ajeno pensar.

Recobróse la Chinda ante su pequeñez y con aire festivo, amigo de bromas, respondió:

—¿Qué le hemos de hacer, hombre! En fin, si Custodio no hubiera llegado antes...

Reverberaron los ojos del Vizco con un destello de inteligencia. Pero fué sólo un instante y volvieron a tornarse opacos, turbios, inexpresivos.

Parecía que toda vitalidad se hubiera radicado en sus músculos vigorosos, y el cerebro, en cambio, era tan duro como las entrañas roqueñas del monte que él se ocupaba en deshastar. Era menester un proceso difícilísimo y laborioso antes que la idea agrietara aquel peñasco para salir a la superficie.

Transcurrió un rato. En la calma del atardecer ascendió el penetrante balido de una cabra. Otras respondieron a la distancia haciendo repercutir las quebradas con los ecos.

—Te quiero, Chinda—baluceaba el Vizco con débil diapasón.

Otro silencio largo y después el mismo estribillo:

—Te quiero, Chinda.

—¡Andate al diantre!—repuso la cabrera ya aburrída, y volviendo la espalda, entró en la casa.

El minero permaneció de pie, inmóvil, sin haber comprendido nada. De pronto hirió su vista la roja flor del quintral que Chinda dejara abandonada. Miró a todos lados, transpuso de un brinco la pirca y, apoderándose de ella, echó a correr cerro abajo como un ladrón perseguido.

No se detuvo hasta llegar al plan. Siguió más despacio y junto al río sentóse en una piedra: allí permaneció mucho rato mirando el bullir de las aguas espumosas, con aire estúpido. Cuando se levantó había cerrado la noche por completo y en el cielo empezaban a despuntar las estrellas.

Miró hacia lo alto; después jiró en torno, lenta y vaga, su mirada turnia y echó a andar, oscilante la cabeza, mientras repetía en voz baja:

—Si Custodio no hubiera llegado antes...



En la Esperanza, situada a media falda del cerro de las Coimas, las faenas se continuaban como siempre, y aunque era la mina venero de riquezas, la explotación se hacía por los medios más primitivos.

Al amanecer bajaba la cuadrilla por el profundo pique, descendiendo a lo largo de los maderos llenos de muescas que servían de escala, los cuales terminaban a trechos por angostas plataformas. Más tarde empezaba por allá, en el fondo, un ruido confuso de herramientas y de gritos agudos que las galerías transportaban como tubos acústicos; sordos rumores de combazos ó los truenos retumbantes que producían al estallar los tiros de pólvora.

De rato en rato emergían a la superficie varios apires, porteados a la espalda capachos llenos de metal que iban a vaciar en la cancha.

El Vizco y Custodio desempeñaban este oficio. Durante toda la jornada subían y bajaban con regularidad de émbolos, trepando con agilidad simiesca por los difíciles madreos. Para el Vizco, todo el horizonte de su vida se encerraba en los muros del pique, y fuera del trabajo y el condumio nunca tuviera otra preocupación hasta que nació en él el amor de la Chinda, tal como esas semillas que á veces, en su tránsito por el cielo, dejan caer las aves sobre alguna peña donde prenden y fructifican.

Cuando los dos apires se cruzaron en el camino, el Vizco miró al otro con una intensidad que hacía contraer la frente surcada por el pliegue de obstinada reflexión. Y durante toda la faena, cada vez que volvían á encontrarse, hundía con avidez los ojos en la faz de Custodio y su vista sórdida cobraba un fulgor inusitado.

Llegó á notarlo el compañero y con la indulgencia bonachona que inspiraba á todos aquel bendito, interrogó festivo:

—¿Qué me miras, Vizco? Sobresaltóse el apir como si volviera de repente de un mundo lejano, y sólo pudo responder con monosílabos entrecortados.

—¿Yo?... no... nada...

Poco á poco la grieta que de tan hondo venía, rompió la roca y llegó afuera en forma de una idea. No los ojos miserables, el rostro todo del minero floreció con una llamarada de júbilo.

A la otra mañana los dos hombres, jadeantes y sudorosos, se encontraron en una de las plataformas.

Sin un anuncio, sin una palabra, el Vizco dió al compañero recio empellón. Un grito estridente y salvaje rasgó el aire, mientras Custodio caía voltejando en la negra sima.

A poco surgió el Vizco á la entrada y arrojando el capacho, sin conciencia de su crimen, corrió hacia abajo por las laderas del monte para ir á detenerse en la majada, frente á Lucinda.

—Chinda, Chinda, ahora... prorrumpió con acento sofocado. La joven lo miró inquiriendo, sorprendida de su aspecto.

—Ahora sí que me querrás... Custodio... Custodio ya no vive.

Permaneció un momento atontada, sin darse cuenta. Trabajosamente logró entender. Entonces saltó hacia él estraviada, casi loca.

—¿Qué dices tú?

Las palabras ahogadas le raspaban la garganta.

—Custodio cayó en el pique. Yo sólo ahora...

El infeliz, presa de extraordinaria excitación, hablaba bruscamente, con voz cortada y estafalarios ademanes, mientras resoplaba con fuerzas y los ojos giraban más estraviados que nunca.

—¿Lo mataste? rugió la moza en suspenso. El minero respondió con fuertes cabezadas.

—¿Lo mataste? Canalla! asesino!...

Estremecida de furor, inyectadas las órbitas, se abalanzó sobre el matador y le clavó las uñas en la cara, imprimiendo en ella sangrientos surcos, mientras dejaba escapar un torrente de injurias.

La violenta crisis se deshizo al fin en un raudal de llanto que le ahogaba, entremezclado con imprecaciones y súplicas.

—Custodio... ¡maldito seas, pícaro!... Custodio, Custodio... por diosito, señor... El Vizco no se había defendido de

la agresión y permanecía aún estupefacto, aterrado con lo que estaba sucediendo y que él no imaginara nunca. Chinda cayó sobre el banco sacudida por frenéticas convulsiones, que concluyeron por derribarla al suelo, sin cesar en su lloro á gritos, con lamentos desgarradores. De la boca vertía una espuma sanguinolenta. El Vizco la alzó como á un niño y la condujo al interior; después partió escapado por entre los montes, sin rumbo, sin propósito.

A la tarde, el instinto que hace regresar al cubil la bestia herida, lo llevó de nuevo á la mina.

El accidente fué atribuido á la casualidad y nadie lo molestó.

Tornóse más retraído, más huraño, más salvaje, rehuendo toda compañía y mascullando de continuo palabras incoherentes y sin sentido.



Pasaron muchos días durante los cuales Lucinda fué presa de las garras visionarias del delirio, luchando al borde de la muerte. Por fin salvó, deshecha y estenuada, casi infantil.

Empezó la convalecencia. Recostada en un banco permanecía largas horas.

Abajo chispeaba la bruñida superficie del río; desfallecían los campos á los vientos de otoño y, allá distante, cerraba el horizonte la lejanía azulena de los cerros.

Una tarde oyéronse rodar los guijarros del camino y poco después apareció el Vizco apocado, maltrecho, con aire humildísimo. Se detuvo y musitó en voz baja:

—Buenas tardes.

La niña sintió un vuelco dentro del pecho, se le contrajo el rostro en un gesto indecible de pena y de rabia, alzó el brazo en un ademán de amenaza... y el brazo calló inerte: un hipo de angustia le estranguló la garganta y penetró en la casa llorando á sollozos.

El Vizco estuvo un rato inmóvil; después se alejó con tardos pasos en dirección á las Coimas. La cabeza aparecía más hundida entre los hombros.

Una vez y otra vez se repitió la escena. Oíase á lo lejos por la senda una andadura fatigosa; luego aparecía tembloroso y doliente, y tras de fijar largo rato en la choza su mirada húmeda y flúida, continuaba hacia las cumbres su andar misérrimo.

Al principio se ocultaba la moza con violencia colérica; más tarde, más tarde se sentía impulsada á atisbarlo por alguna endija, indignada consigo misma al ver cómo amenguaban sus ansias vengativas. Era que lentamente la piedad, fuente que mana perenne del corazón de la mujer para derramar como un bálsamo sobre la humana especie consuelo, paz y esperanzas, iba germinando en su alma ruda.

Algún día se mantuvo quieta mientras cruzaba por delante el mísero, todo trémulo á su vista. Pensó que cuanto era humano en aquella roca viva, la única chispa de inteligencia que allí alentaba, todos los sentimientos de que ese sér era capaz, le habían sido consagrados en una suprema ofrenda, burda como la superficie de los cerros é incommovible como ellos.

Y así era en efecto. Esa especie de bestia á quien el amor y el dolor tornaron en hombre, no tenía otro ideal, ni otra ilu-

sión ni otro móvil para su vida que la cabrera hermosa y fuerte.

Y la tarde llegó en que Chinda tuvo para su salud una sonora dolorida, alba de un despertar que dejó al minero asombrado y convulso.

Puesta en pié la mujer fué á dejar ante aquel hombre fiel, inconsciente como un perro, un cántaro de leche y un pan blanco.

Apenas pudo esbozar un gesto de repulsa y, balbuceante, interrogó:

—¿Para mí?

—Para tí.

La santa calma del crepúsculo envolvía la rústica choza. Amaratábanse las cordilleras; á lo lejos se esfumaba el áspero perfil del Quelunquen; descendían las sombras como velando el paisaje y la primera estrella que refulgía en el firmamento contemplaba todas las tardes á aquel sér tan fuerte y tan desarmado ante la vida, sentado en el suelo, bebiendo la leche piadosa, pura y blanca...

G. LABARCA HUBERTSON



Cuadro grabado en madera por la señorita Berroeta

DON CARLOS

I

ENTRE las ilustres personalidades políticas de los últimos cuarenta años se destacan, modeladas con especial relieve y como esculpidas en la lucha, las figuras del Conde de Chambord y de don Carlos de Borbón, pretendientes á los tronos de Francia, el uno, y de España, el otro. Son dos personalidades morales y políticas enteramente diversas, pero que una y otra se pronuncian enérgicamente, y con carácter marcadamente propio—en una grande y absoluta afirmación—en época en la cual la vida se compone esencialmente de transacciones y de acomodados de conciencia. Tanto el uno como el otro se inspiraron en los principios de la antigua monarquía, con toda su inflexible y lógica serie de consecuencias; tanto el uno como el otro representaron, en su respectivo país, la energía de una convicción que sabía encarnarse y que sabía mantenerse inquebrantable á pesar de la mala fortuna, y que vivía de sus propias inflexibilidades. Pero, en tanto que en el Conde de Chambord, los hechos y las realidades se sacrificaban, absolutamente, á la idea pura, manteniéndose en la esfera ideológica, de un modo exclusivo, en don Carlos predominaba el principio de la acción, la aspiración al combate, la afirmación de su personalidad y de su idea con la espada.

El Conde de Chambord, tal como lo pinta uno de sus maestros, era "de espíritu ardiente, vivo, sagaz; juzga con firmeza superior á sus años; amenudo no tolera ni el estudio, ni el trabajo, es, entonces, difícil, orgulloso, pero de espíritu elevado y caballeroso. Agradece á los que le reprenden y desdénalos aduladores". De espíritu extremadamente recto, era limitado en sus concepciones, sin ductilidad, ni extensión; más de la línea de Luis XIII que de Enrique IV, como alguien ha dicho. Estas palabras de uno de sus íntimos le retratan: "Me dijo que no emprendería nada en contra de los poderes establecidos, que no quería tomar ninguna iniciativa y que no tenía ambición alguna personal; que se consideraba como el principio del orden y de la estabilidad, que quería mantener ese principio intacto, aún cuando más no fuera para la tranquilidad futura de Francia; que ese principio era su fuerza y que no tenía otra; que tendría siempre la suficiente para cumplir en toda circunstancia su deber, cualquiera que fuere, y que Dios, por otra parte, vendría en su auxilio". Llevaba, en su retiro de Frohsdorff, una vida sencilla y virtuosa. Era un místico, dado á Dios y á la vida devota; creía tener, de la virgen, un escapulario que no le desamparaba. Pudieron afirmar de él que fué siempre el Rey, sin corona,

y el monje, sin hábito. Su fé no admite discusiones ni transacciones; sus ideales políticos, de igual manera, participan de la naturaleza y de la inflexibilidad de sus sentimientos religiosos, y por cima de todo se cierne su voluntad indomable. Su convicción absoluta es la de que encarna un principio, como en don Carlos, pero, a diferencia de él, su actitud es resignada y



Don Carlos de Borbón

todo lo aguarda de la fuerza inmanente, de la acción misteriosa y cabalística de su principio.

Después de la guerra de 1870, caído Thiers y triunfante el Mariscal Mac-Mahon, con mayoría conservadora en las Cámaras, el Conde de Chambord está sobre las gradas del trono, ya puede reinar. Pero una invisible barrera moral se levanta: la **cuestión de la bandera**; y ese hombre, que tiene el poder en sus manos, que toca el cetro, lo abandona para no transigir con

una fracción monárquica—la que levanta la bandera tricolor de Julio. Prefiere el destierro perpetuo y el olvido, manteniendo abrazada, é intacta, su bandera blanca de flores de Lys. Ese espíritu de supremo y alto idealismo, de absoluta integridad, es el Conde de Chambord. Y su actitud, si fatal para los suyos, es un admirable ejemplo de integridad moral y de extraña y soñadora elevación de espíritu.

El carlismo, es el mismo espíritu en acción, en la lucha, lanzado al combate.

II

La lucha del carlismo en España, durante el siglo XIX, ha revelado la extraordinaria tenacidad de la raza del Norte en la península, su inquebrantable firmeza, la solidez de sus convicciones religiosas y políticas de un absolutismo extremo. Podría decirse que, junto con subir al poder el Rey don Fernando VII, ya se manifestó la tendencia que habría de servir de origen al carlismo, en la oposición enérgica, iniciada contra la Constitución Liberal de Cádiz de 1812, por don Carlos María Isidro, su hermano. Este había figurado entre los primeros iniciadores del juramento de Valencia para sostener al Rey en la plenitud de sus derechos. La revolución francesa, con sus excesos extremos, había despertado en ellos el deseo de luchar

español por las ideas liberales de Cádiz, y el núcleo en formación del carlismo correspondía á una tendencia secreta del espíritu nacional en el norte de España, la cuna de don Pelayo, la región tradicionalista y ardientemente religiosa de la península. Los Apostólicos fueron el punto de partida del carlismo informe, sin denominación propia todavía, pero que miraban su jefe natural y su apoyo en el propio hermano del Rey. En torno de Fernando VII, y cerca ya de su tumba, se entabló la lucha natural entre las dos tendencias. Doña María Francisca, esposa de don Carlos, era quien ofrecía protección y amparo á los amigos del régimen absolutista.

El Rey don Fernando había contraído matrimonio con doña María Cristina. Esta, sintiéndose embarazada, temió que pudiera ser su hija mujer, en cuyo caso, según las antiguas leyes sálicas españolas, el trono correspondería á don Carlos. Para evitar esta emergencia posible, consiguió hacer pública la pragmática sanción del Rey Carlos IV que derogaba la Ley Sálica establecida por el Rey Felipe V. Tuvo, efectivamente, una hija mujer.

Pero el Rey Fernando, rodeado por el Conde de Alcudia y otros amigos del Infante, dió otro decreto derogando el de Mayo. Con esto quedaba restablecido don Carlos en la plenitud de sus derechos.



Lácar 1875

á todo trance contra la corriente innovadora que destruía, de golpe, los principios que tradicionalmente sirvieron de fundamento y vida á la nación española. Era que el impulso liberal traído por los franceses en 1808 tenía gravísimos defectos para España. El venir empujado por vientos de conquista, entre cañones y banedras extrañas, hubiera bastado, por sí solo, para hacerlo sospechoso y acaso antipático á las multitudes. La libertad, una vez impuesta, ya deja de ser la libertad, y se comprende la feroz reacción política en la cual se hacía oír el grito de "vivan las caenas", extraño y pavoroso, lúgubre como el ave de mal agüero, y expresivo como el callado palpitar de las alas de los buhos en la noche. No es posible imponer sentimientos de libertad á un pueblo, ni hablarle de ellos, en los propios momentos en que un Monarca extranjero, empujado por bayonetas y cañones extraños, se apodera del trono secular de Recaredo y de Fernando el Católico. Ni tampoco se puede hacer comprender el sentimiento de la libertad á un pueblo tradicionalista, con sólo comunicarle una palabra que no comprende, que no podría comprender, efectuándose, de golpe, la obra de lenta evolución y de transformación de ideas y de costumbres que sólo cabe en la marejada lenta de los años. El sentimiento de la libertad, como todas las grandes aspiraciones, brota de adentro, es obra de una evolución y de un desarrollo, no creado por las violencias alarmantes y súbitas de la acción externa. Por eso, era natural la resistencia despertada en el pueblo

La Infanta Luisa Carlota, ejerciendo presión sobre el ánimo ya debilitado del Monarca, le hizo deshacer lo hecho. Al morir Fernando VII en 1833, la guerra civil estaba ya ocultamente preparada, y era una consecuencia lógica de la situación moral y legal creada por los sucesos del primer tercio de siglo.

No podríamos seguir ahora el desarrollo de la guerra carlista, en la cual, por espacio de tantos años, ha vivido agitada la Península y que ha sido mantenida por hombres tan hábiles como Zumalacárregui entre los carlistas y Espartero, Córdova y otros de la parte contraria. El general Maroto, en el famoso pacto de Vergara, se entregó á los liberales, reconociendo el Gobierno de doña Isabel II, siempre que se aceptaran sus grados á los oficiales de su ejército y se recomendara á las Cortes la cuestión de fueros. Don Carlos, después de sangrienta lucha, se retiró vencido.

El 3 de Octubre de 1868, don Carlos, Príncipe de Borbón y Duque de Madrid, aceptaba la renuncia que hacía de sus derechos su padre el Príncipe don Juan, y protestaba contra todo otro Gobierno instituido en España. El año anterior se había casado el joven Príncipe de Frohsdorff, con Margarita, Princesa de Borbón-Parma. La revolución española arrojaba del trono á la Reina Isabel II; una conmoción inmensa agitaba á la Península, sin jefe, entregada primero á don Amadeo de Saboya y luego á la República y al cantonalismo.

Era el momento de la acción. Don Carlos entró en España



S. M. doña Margarita

enemigo en las campañas de don Carlos. Las lámparas, los muros estaban adornados con trofeos de armas cogidas en el campo de batalla, y sobre una gran mesa central, cubierta de proyectiles y de trofeos, había un cuadro con el retrato de todos los generales carlistas muertos en la guerra. Era la lista de honor de los ausentes á quienes había la obligación de recordar y de amar en su sacrificio.

En los salones del Palacio Loredán había colecciones valiosísimas y suntuosas de bronce y porcelanas de la India, traídos en sus viajes por don Carlos, y tapicerías magníficas de colores opacos, junto á las sedas recamadas de oro. Aparecían, en uno de los salones del segundo piso, los recuerdos llevados de Chile.

Por la tarde, salía don Carlos en góndola dirigida por cuatro remeros con cintas de los colores de España. Le acompañaban sus perros de Persia y sus galgos de Mesopotamia.

El Príncipe era aficionado á las cacerías, y frecuentemente acudía á Froshdorf, en donde se juntaba con el Conde de Chambord, cuyo destino tenía tanto de común con el suyo. En ese castillo histórico se sentía como un ambiente de resurrección de la vieja monarquía, encarnada en sus reliquias. Véase el célebre penacho de Enrique IV, tapicerías bordadas por María Antonieta, zapatos de Luis XIV con tacos pintados por Van-Loe, una cerradura de plata hecha por el Rey Luis XVI y la camisa con que guillotinaron á este desdichado Monarca. Una atmósfera sugestiva se desprendía de esos recuerdos y obraba, con el reflejo de los muertos, sobre los vivos, dando á las tradiciones la consistencia y el cuerpo de lo que existe y palpita.

Eran las reuniones de dos verdaderos soberanos. Al recordar esos días, Respaldiza, con su naturaleza de noble idealismo, se mostraba emocionado. "Era tal el porte y la altivez de don Carlos, me decía, que se le veía la corona... Lo recuerdo en el día de boda de su hija doña Blanca con el Archiduque Leopoldo Salvador de Toscana. Allí estaban los representantes de todas las cabezas coronadas, y algunas, como el último Rey de Nápoles, don Francisco, en persona. Don Carlos vestía sencillamente de frac, con la banda real y las órdenes del Toisón de Oro, de Calatrava, de Alcántara y de Santiago. Su figura parecía de tal manera imponente, de tan altiva y soberana magestad que, con lo sencillo de su traje en medio de los magníficos uniformes recamados de oro, parecía el Rey... se le veía la corona..."

Lo que más debemos admirar á don Carlos es la fidelidad de sus amigos.

Luis ORREGO LUCO

con treinta hombres y llegó á capitanear cien mil, alcanzó victorias tan hermosas como la de Lácar, luchando contra Amadeo, contra la República y contra don Alfonso. Al fin fué vencido, y en 1876 atravesaba nuevamente la frontera, mientras sus oficiales quebraban las espadas, exclamando: "Volveré... volveré..." Era el grito de las reivindicaciones eternas.

III

Don Carlos de Borbón era de figura magestuosa y de hermosura varonil. En Chile tuvimos ocasión de verle y de apreciar sus maneras sencillas y benévolas. Junto con él venía un círculo de sus fieles, que le manifestaban esa adhesión incondicional tan emocionante de las horas del destierro. Tuvo una recepción entusiasta, la que se tributa siempre al valor desgraciado, á los que han luchado con heroísmo por el triunfo de una causa.

¿Cómo era en la intimidad? Más de una vez he oído las palabras de cariñosa admiración que le dedicaba mi caballeroso amigo don Manuel de Respaldiza, hijo y nieto de una familia de soldados y partidarios ardientes de don Carlos, de una familia de fidelidad tan noble como conmovedora.

Respaldiza acompañó á don Carlos, en calidad de Jentilhombre de Cámara, á su vuelta á Venecia, y vivió con él en el Palacio de Loredán, que éste habitaba. "Es tan grande el prestigio de don Carlos entre sus partidarios, me decía, y tal la tradición de amor incondicional de los suyos, que recuerdo haber visto un español que hizo el viaje á pié, desde Cataluña, para divisar al "Rey" en Venecia", antes de morir".

En la ciudad de los Dux hacía vida de sociedad. Cuántos Príncipes y notabilidades cruzaban por los canales de la ciudad iban á verle. Entre esos visitantes recordaba Respaldiza al Kjedive de Egipto, á los Archiduques, al Príncipe de Hohenlohe, al Duque de la Giacia, al Príncipe Paul Meetevnich, al Príncipe de Iturvide. Los grandes artistas como Sarasate, visitaban el Palacio del Pretendiente, á quien acompañaban el Conde Melgar, el Conde de Ayans, actual Marques de Bezoya y don Manuel de Respaldiza. Se almorzaba á la una y se tomaba el café en la sala de las banderas, tapizada con estandartes cogidos al



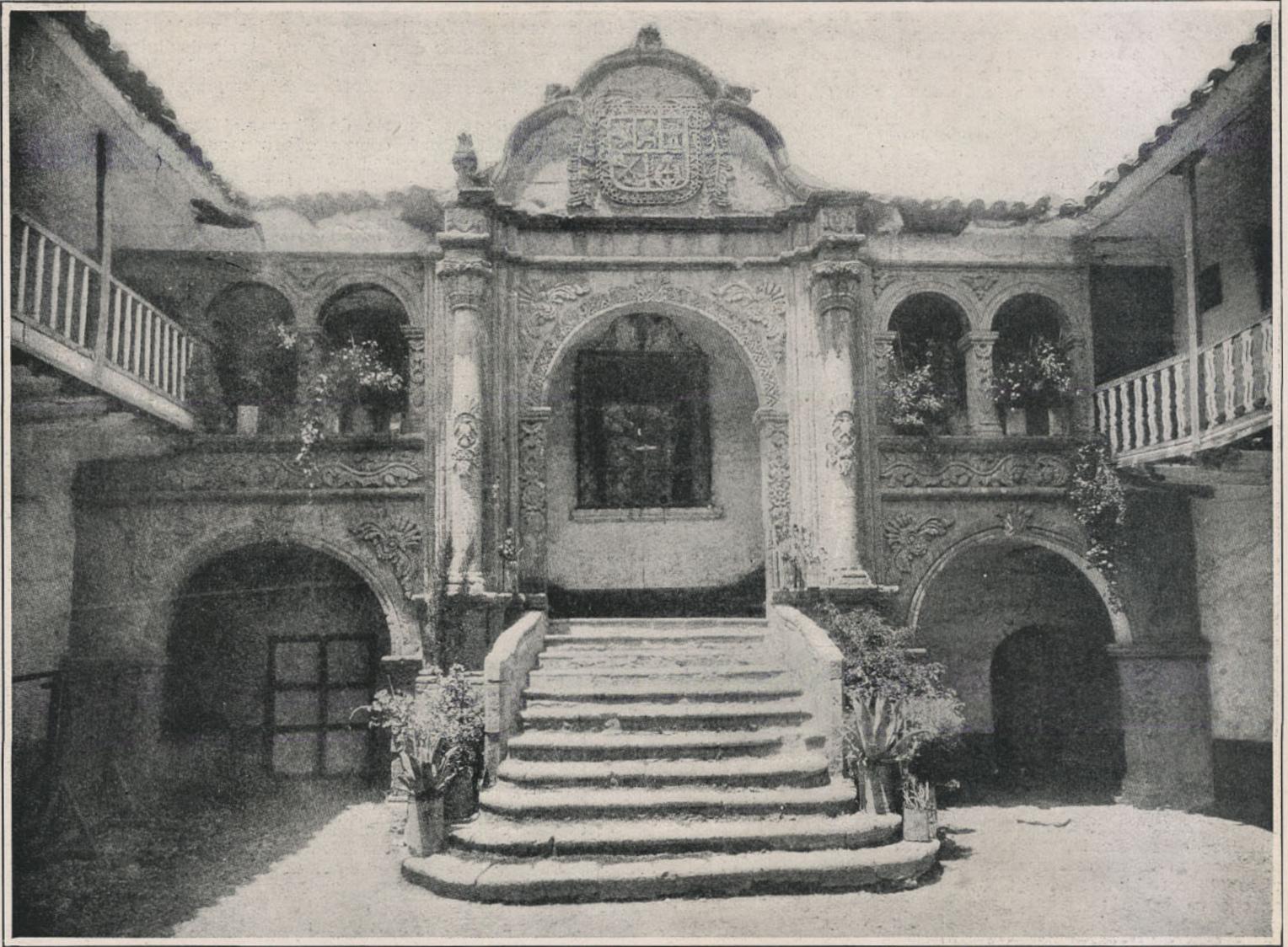
El palacio de Loredán (Venecia)





Retrato al carbón de la señora Eugenia Huici de Errázuriz

Independencia de Bolivia



Entrada principal y patio de una residencia particular en el período colonial.—La Paz

ES curioso y casi desconcertador estudiar la suerte de las Repúblicas sud-americanas desde su nacimiento hasta nuestros días. Son todas ellas como grandes espejos que reflejan el movimiento de los grandes países del Viejo Mundo, con la diferencia que en muchos casos son espejos cóncavos, y los personajes y el medio en que se agitan allende los mares, resultan aquí reducidos, cuando no caricaturizados.

A un Napoleón corresponde en América el genio de un Bolívar. Ambos se agitan en la misma niebla de sangre que se desprende de los cadáveres en el campo de batalla, de tantos que han caído inmolados al grito de Libertad. Ambos alimentan en su pecho quizás las mismas ambiciones, en una realizadas merced al golpe mágico de una suerte nunca desmentida, en otro abortadas antes de tomar una forma tangible, y ambos caídos, por fin, el uno más ruidosamente, el otro con menos estrépito pero no menos dolorosamente...

A ese enorme, á ese gigantesco trastorno que se llamó la Revolución Francesa, corresponde en América la independencia de cada una de las Repúblicas, con todos sus heroísmos, con todas sus indecisiones é inútiles crueldades.

En Francia estuvieron á punto de ser estériles todos los esfuerzos por falta de preparación en las masas para recibir la sagrada libertad; aquí en América, y especialmente en Bolivia, la anarquía fué grande, mucho más grande, y sobretodo, más duradera y de más fatales consecuencias. Aquí, no sólo la muchedumbre estaba mal preparada sino también la parte culta de la sociedad

Mientras en Francia los filósofos enciclopedistas esparcían la semilla revolucionaria á la sombra de aquella corte galante y despreocupada de caballeros de peluca y dorada hebilla, abriendo á los espíritus oprimidos un horizonte más amplio y más risueño, en América las rancias costumbres de nuestros caballeros, su tiesura habitual, su desconfianza por todo lo nuevo, su estrechez de criterio y su austera frialdad, helaban el ambiente, impidiendo el brote de las ideas audaces. Uno que otro tímido retoño de flor despuntaba en la fosca espesura de este bosque de ignorancia, pero era tan débil, tan inusitada su florescencia que nunca tuvo fuerzas para surgir entre las ramas hasta mostrarse á la clara luz del sol.

sin las circunstancias imprevistas ocurridas en España á principios del siglo XIX, sin la anarquía y falta de rumbos en la península, sin la obligada despreocupación por los negocios de las colonias, el grito de Libertad en América habría dormido tranquilo por años de años, sin que nadie lo echase de menos. No precedió á la revolución americana esa sorda fermentación interna que predice todo acto violento y tumultuoso. La Libertad fué una sorpresa para la mayor parte del pueblo americano. Los hombres de entonces aparecen como espantados, como niños á quienes se les declarase mayores de edad y su posesión de una gran fortuna cuando aún llevan al cinto una espada de hojalata y montan caballo de madera.

En una de las Repúblicas en que se ve más claro este hecho es en Bolivia ó Alto Perú, como se le llamaba entonces. Aquí la inconsciencia de la mayoría es casi increíble y sólo se explica el triunfo de una revolución contra el poder de España, gracias al ensimismamiento de los españoles en sus propios asuntos y la desmoralización que dominaba al virreinato. Después, la ambición de algunos audaces y el apoyo de algunos hombres de corazon, y sobre todo, las mismas crueles represalias de los realistas, vinieron á rematar la obra de la casualidad.

El 25 de Mayo de 1809 se formó en el pueblo de Chuquisaca la primera Junta de Gobierno con el objeto de proteger los intereses de Fernando VII, que se consideraban mal defendidos por las autoridades de la colonia, circunstancia que fué aprovechada por algunos hombres de ideas para hacer propaganda en favor de principios de libertad.

Dos meses después, el 16 de Julio de 1809, se formó en el pueblo de La Paz otra Junta de Gobierno con propósitos más definidos.

“Se reunió en la plaza principal de aquella ciudad—dice don Ramón Sotomayor V. en su Estudio Histórico de Bolivia—gran cantidad de pueblo y la fuerza armada, y al grito de “viva Fernando VII”, pidieron que se celebrara cabildo abierto y se procediera á tomar medidas de precaución y de seguridad para la defensa del país”.

“Reunióse el cabildo y el comicio público bajo las inspiraciones de Murillo, Jimenez y el jefe de milicias Indaburu, comenzó por pedir la deposición del Gobernador Dávila, del



Iglesia de Santo Domingo.—La Paz

“ Obispo La Santa y de otras muchas más autoridades y empleados de la colonia, y no se disolvió sino después de dejar sancionadas todas estas peticiones y erigida una Junta Provisional de Gobierno en el mismo Cuerpo municipal, al que se agregaron como representantes del pueblo los doctores Sagárnaga, Lanza y Catacora. Aquel mismo día fué reconocido como jefe militar del departamento don Pedro Domingo Murillo, natural de La Paz, varón de humilde estirpe, pero que en pocos días arrastró la masa popular y se hizo el genio de la revolución, sin que desdénasen ser sus auxiliares los más notables vecinos de la Provincia”.

Pocos días después, el 25 de Julio, se organizaba la **Junta Tutiva de los derechos del Rey y del pueblo**, presidida por Murillo y compuesta de tres sacerdotes, de cuatro abogados, dos comerciantes, tres caballeros de la sociedad del Alto Perú y un indio de cada partido en representación de los derechos de su raza. Esta Junta Tutiva, apesar de su nombre y de manifestarse por demostraciones públicas adicta al Monarca español, fué en su carácter íntimo, netamente revolucionaria y permitió de hecho todas las libertades.

Peró el singular trastorno que se iniciaba de modo tan sencillo debía ser el punto de partida de una éra de sangre, de anarquía, de crueldad feroz, como tal vez no se haya visto igual en toda la América. El Virrey del Perú envía tropas á castigar á los rebeldes y el general Goyeneche derrota á Murillo en Chacaltaya y Tristán vence á Lanza en Irupana.

“Sufrieron la última pena en la horca ó el garrote—dice el autor citado—Murillo, Catacora, Jaen, Jimenez, Graneros, Sagárnaga, Figueroa y Bueno. La cabeza de Murillo fué clavada en la columna ó pilar de Potosí, á entradas de la ciudad de La Paz, y la de Lanza, que había sido llevada por Tristán desde Irupana, sirvió para coronar el cuadro de terror. La cabeza de Sagárnaga fué remitada en escarmiento al pueblo de Coroico, que hoy lleva el nombre de aquel patriota”.

¡Espantoso cuadro de crueldad, digno de los tiempos más salvajes y atrasados!

Desde ese momento la guerra debería tener el mismo tinte trágico con que fué iniciada. El vencido ó el prisionero deberían considerarse condenados á muerte de modo irremisible y esta borrachera de sangre debería durar quince años, tiempo que puede decirse empleó el pueblo del Alto Perú para conseguir definitivamente su libertad.

Es difícil seguir paso á paso la historia de esta época trágica, en que el suelo entero parecía estremecerse de angustioso terror, abriendo penosamente sus poros para beber la sangre con que la bañaban sus mártires ó sus crueles enemigos. Las madres y las esposas debieron vestir luto constante, mientras las novias lloraban su amor relegado á lugar secundario, temerosas en cada momento de perderlo para siempre. Sólo había lugar para el odio, para el terror, para la intriga, para la am-

bición desordenada, para el guerrear sin tregua, contra extranjeros y compatriotas. Innumerables guerrillas surgieron por todas partes, dejando en pos de sí las huellas imborrables de sus pequeñas pasiones y de su orgullo desmedido ó de su temerario valor.

El argentino Castelli responde á las crueldades de Goyeneche, haciendo fusilar después de la victoria de Suipacha á Nieto, Presidente de Charcas, á Córdova, jefe de la división realista, á Sans, gobernador de Potosí, á Liniers, ex-Virrey de Buenos Aires, etc...

La Junta Revolucionaria de Buenos Aires interviene en los negocios del Alto Perú, cooperando con su ejército á su levantamiento contra la opresión de los Virreyes de Lima. Belgrano trae á Bolivia sus ejércitos victoriosos y derrota á las fuerzas de Goyeneche, pero á su vez es derrotado por Pezuela en Vilcapujio (1813) y en Ayuma.

Otro ejército enviado por el Gobierno de Buenos Aires al mando del general Rondeau es derrotado en Tejas por el general Pedro A. Olañeta (1815), y de poco sirve que el general Fernandez Cruz tomase una revancha en Marques, pues el ejército de Rondeau es vencido definitivamente en Vilhuma por Pezuela.

Nuevas crueldades, más horribles que las anteriores, nuevos sanguinarios escarmientos.

“La codicia se ha hecho ministro del castigo,—dice el historiador citado—para cebarse en la propiedad; el ultraje es el saludo del soldado; la devastación se pasea por los campos, ciudades y aldeas, y el incendio arroja su luz siniestra sobre este cuadro de horrores”.

Inútil tarea, peor que inútil, pues convirtió en primera necesidad la resistencia, hizo del ataque un derecho, y llevando el encono de los pueblos al delirio, multiplicó los caudillos é improvisó los héroes. La guerra tomó el aspecto de una explosión, haciéndose tanto menos descriptible, cuanto más interesante. Pintarla en sus detalles sería contar y fijar en su dirección los proyectiles que arrastra en su violencia la erupción de un volcán.

Hasta hubo una mujer, doña Juana Asurduy, esposa del intrépido Padilla, que toma las armas del cadáver de su marido para convertirse en jefe de montonera, así como un sacerdote, el cura peruano Muñecas, es uno de los agitadores más incansables de la causa revolucionaria en Alto Perú.

El general español La Serna, militar justiciero y moderado, cuya educación había sido hecha guerreando contra las disciplinadas tropas de Napoleón, al frente de un escogido ejército



General Pedro Domingo Murillo, el padre de la Independencia Boliviana

del Virrey del Perú, hubo de retirarse maltrecho ante los múltiples alfilerazos de las guerrillas alto-peruanas y argentinas. Llega entonces la expedición de San Martín, de Setiembre de 1820, que después de una brillante jornada proclama la independencia del Perú, del cual pasa a ser el primer mandatario con el título de protector, y poco después el Libertador de Colombia, don Simón Bolívar, que llegaba a aquellas regiones con el brillo cegador de sus victorias, cimentaba la causa de la independencia con la batalla de Ayacucho ganada por el general Sucre, uno de sus fieles y caballerescos generales.

El 2 de Abril de 1825 se puede decir que concluye la guerra de quince años, como se llama a la de la independencia del Alto Perú, con la muerte de Olañeta, el último de los generales realistas.

“Así terminó esta guerra—dice Sotomayor—que, si no se presentó sistematizada, ni ofreció más ejércitos regulares de parte de los independientes que los enviados por Buenos Aires, ni engendró un verdadero genio militar, ni obedeció a un centro común de autoridad, se hizo notable por la suma infinita de la audacia y de los sacrificios, por la obstinación y el patriotismo de los revolucionarios. La guerra de los quince años del Alto Perú fué una heroica anarquía. De ciento dos caudillos notables que se alzaron durante ese período, ninguno capituló (dice Urcullu), a pesar del rigor y de las seducciones; todos, menos nueve, sucumbieron con firmeza ó dignidad en el combate ó en el patíbulo”.

La asamblea de Chuquisaca declaró unánimemente la independencia y soberanía del Alto Perú el 6 de Agosto de 1825 y para satisfacer al libertador Bolívar que pretendía someterlo a la tutela del Perú, se le envió una diputación que le hacía saber que el nuevo estado llevaría su nombre, en “señal de que le reconocía por su bienhechor y padre” y le nombró además su protector y presidente.

En el corto período que gobernó a Bolivia el Libertador, delimitó un sistema de reformas políticas y administrativas de importancia. Proveyó establecimientos para la instrucción pública, creó fondos para costearla, mejoró las instituciones de beneficencia, eximió del tributo a la raza indígena, decretando una capitación general para todos los bolivianos; mandó la apertura de algunos caminos, y franqueó las puertas del país al trato de todas las naciones.

Hasta aquí la historia de la Independencia de Bolivia. Viene en seguida la historia como nación soberana.

Si fué grande la anarquía durante la revolución y se cometieron crueldades, no fué menos el desgobierno a partir de esa fecha. Cada nuevo Presidente llegó al poder en brazos de una asonada ó un golpe de Estado, convirtiéndose después en déspota sin entrañas y sin moralidad de ninguna especie; y aún los hombres que desearon el bien de su país, como el doctor Linares, una de las figuras más severas y grandes de Bolivia, tuvieron que empuñar el látigo del negrero, llenar las prisiones de enemigos políticos y convertir los caminos que conducían al extranjero en un interminable peregrinaje de expatriados.

Tristes, desconsoladores días brillaron para Bolivia.

Esta es la causa porque, a pesar de sus enormes riquezas naturales, no se encuentra en el día a la altura de las naciones más adelantadas de este continente. Sin embargo, el porvenir está abierto... Ojalá que soplen nuevas brisas, saludables y fuertes, para este país y una nueva era de progreso la haga recuperar el tiempo perdido.

F. SANTIVAN

Santiago, a 22 de Julio de 1909.



Lago de San Pedro, departamento de La Paz

Revista de Revistas

SUMARIO

- I.—“EL SIGLO XX”: Lombroso, B. Vicuña S., “Iris”.—II. “QUARTERLY REVIEW”: E. Faguet, A. Austin, W. R. Inge. —III. “REVUE DES DEUX-MONDES”: T. de Wyzewa, V. Giraud y M. Croiset.

ANALIZAR, extractar y, en caso necesario, criticar los artículos más importantes publicados por la prensa periódica, he ahí el objeto de esta “Revista de Revistas”.

I.—Justo es empezar esta tarea señalando la revista chilena “El Siglo XX” y analizando algunos de sus más interesantes artículos.

En su primer número (Junio 1909) hallamos, en primera fila, algunas páginas de César Lombroso, intituladas “El Proceso Steinheil y la mujer criminal”.

Después de examinar rápidamente el “Caso Steinheil”, el criminólogo italiano se entrega, según su costumbre invariable, á vastas generalizaciones y habla de la natural y enfermiza proclividad á la mentira que caracteriza á la mujer. Todo, si hemos de creer á Lombroso, la lleva á finjir: su debilidad, sus condiciones fisiológicas, el pudor, la lucha sexual, la necesidad de hacerse interesante, la sugestibilidad y el *minimum* de criterio de que dispone. “A todas estas razones para mentir que tiene la mujer, hay que agregar otras en el caso de Madame Steinheil. Ella miente, dice Lombroso, porque es criminal. Los criminales, antes de la acción, mienten de un modo gratuito, sin saber por qué. Después mienten para salvarse. Ella miente en razón de su histerismo, defendiendo lo falso con el mismo ardor con que un hombre de bien defendería la verdad. Al impulso de la neurosis, la mentira la conquista de tal modo que se le presenta con más evidencia que la verdad”. (p. 8) De lo cual, si no me engaño, hay que deducir la inculpabilidad de Madame Steinheil y de cuanta mujer llegue á caer en el feo pecado de la mentira. Porque, si Lombroso ha acertado en sus generalizaciones, es imposible que una mujer no mienta... ¡Hermosa perspectiva!... y cuánto se acrecienta, con semejantes teorías, el respeto á la mujer que caracteriza á la civilización cristiana, no hay quien no lo vea!... ¡Cómo puede Lombroso creer en la sinceridad de su esposa é hijas, he ahí algo que no se entiende fácilmente!...

Después de Lombroso viene Paul de Saint-Victor, de cuyo célebre ensayo sobre “La Corte de España en tiempos de Carlos II” ha hecho el señor B. Vicuña S. una vulgarización en su “Crónica del Centenario”.

El autor chileno, adueñándose de la paleta del gran crítico francés, nos pinta una España decadente á cuya ruina contribuyen la Inquisición con sus hogueras y las colonias americanas con la sangría tres veces secular de la emigración. Agréguese á ese cuadro melodramático la multiplicación de frailes y monjas, la exclusiva crianza de ganado lanar y la pereza castellana, y se tendrá una explicación de la necesidad y posibilidad de la independencia latino-americana.

Reducida á términos tan generales como los apuntados, la explicación resulta por demás insuficiente, y no por haber sido formulada en frases mágicas por Saint-Victor es más exacta.

El crítico francés no pudo conocer las investigaciones de los historiadores contemporáneos (como p. ej. Menéndez Pelayo), los cuales, en lo relativo á la Inquisición ó al movimiento intelectual español, no autorizan tanto pesimismo. En cuanto á Llorente, es hoy comprobado que su historia carece absolutamente de valor (1).

Sea de esto lo que fuere, ningún lector de “El Siglo XX” habrá dejado de percibir el encanto de las páginas que “Iris” dedica á “Asis y Perusa”. Breves son y por tanto no permiten análisis, pero sí, autorizan grandes esperanzas. De desear es que su distinguida autora no tarde en publicar el libro del cual estas páginas son hermosísima primicia.

II.—Pasemos ahora de Chile á Europa. La conocida revista inglesa “The Quarterly Review” acaba de celebrar su centenario y de publicar su “Centenary Number”, el que resulta ser un espléndido banquete intelectual. (Abril 1909).

Empieza con un estudio sobre Tennyson, escrito y publicado en francés por el insigne crítico E. Faguet (2).

Se ha dicho repetidas veces que Tennyson carece de originalidad. Faguet no admite aquella crítica y dice: “La sensibilidad de su temperamento hizo que Tennyson compartiera con gran intensidad las sensaciones de sus predecesores poéticos; á esos sentimientos supo con talento propio dar marcos nuevos en sus ficciones, ensueños y leyendas; su arte consiguió encontrar una forma peculiar y ritmos que nada deben á poeta alguno... Hermoseó, dándoles belleza más pura, más noble y más esplendente, los ensueños y sentimientos de los que le precedieron. Púsoles, como diría Sainte-Beuve, “sous le rayon”. En estatuas de mármol ó en bajos-relieves como los del Partenón, fijó vapores exhalaciones flotantes y sinuocías... Dejemos, agrega Faguet, las metáforas y sencillamente digamos que la sensibilidad romántica de Tennyson supo expresarse con perfección clásica”.

A este artículo del gran crítico francés agreguemos el del “poet laureate” inglés, A. Austin, sobre los “Elementos esenciales de la gran Poesía”. Para Austin, la materia poética nos

es dada por el amor, la religión, el patriotismo y el humanitarismo. La escala de los valores poéticos se forma, según esa enumeración, dando el primer peldaño (el inferior) á la poesía descriptiva, el segundo, á la poesía amoratoria, y en seguida, los demás á la lírica, á la poesía filosófica, y por fin, el último y más alto, á la epopeya y al drama. Los grandes poemas son, según Austin, la Iliade, los de Milton, la Divina Comedia, los Cantos III y IV de “Childe Harold”, “Hamlet”, “King Lear”, “Macbeth”.

A lo cual podría objetarse que el “poet laureate” parece obedecer á un criterio muy insular. ¿Qué hace, en efecto, de Calderón, de Goethe, de Corneille, etc. etc?

Omito en obsequio á la brevedad varios y excelentes artículos de crítica y erudición para señalar otros dedicados á temas muy poco estudiados en revistas latino-americanas, como “El Pragmatismo” por Howard W. Knox, “la Ética evolucionista” (sin firma: en mi opinión, el autor es un clérgyman algo temeroso de las consecuencias prácticas de su artículo...), “El significado del Modernismo” por el Rev. W. R. Inge.

Este autor, diferenciándose de un sinnúmero de escritores, ha penetrado el secreto del modernismo. Su preparación teológica le ha permitido navegar allí donde los meros aficionados, los cualones de la teología, se hunden rápidamente.

Todo, como lo demuestra W. R. Inge, se reduce, en el modernismo, al relativismo absoluto y, por consiguiente, á un agnosticismo radical; al racionalismo exegético, que no ve en la Biblia más que un libro ordinario, humano y falible; al positivismo teológico, el cual en la Iglesia, en sus dogmas y en su culto no reconoce sino instituciones humanas sujetas á evolución y á continua mudanza. Aunque no católico, el autor reconoce que el catolicismo no podía, sin suicidarse, transigir con aquel radicalismo destructor.

Otro autor anónimo, en un artículo intitulado “La Evolución y la Iglesia” cita con aprobación la siguiente frase del finado prof. Otto Pfeleiderer: “Confiad en el futuro y tened por seguro que, en este siglo XX, el cristianismo progresará de veras en dirección hácia el término de sus esfuerzos seculares: es decir, hácia la realización del “Dios-Humanidad”, hácia la penetración íntima y total del hombre por el Divino Espíritu de Libertad, de Verdad y de Amor”.

(Esta profecía puede verse realizada en la novela de Benson “The Master of the World”, cuya traducción se está publicando actualmente en el diario “La Unión”).

Quedarán para nuestro próximo número algunos artículos de la “Quarterly”, que la falta de espacio no nos permite analizar en éste.

III.—La “Revue des Deux-Mondes” publica en su número del 15 de Abril un artículo sobre “Una biografía inglesa de Juana de Arco”, en el que T. de Wyzewa analiza la obra de Andrew Lang “The Maid of France”, publicada á principios de este año por la librería Longmans.

A. France, obediendo á los “cánones” de crítica histórica formulados por Renan, busca reducir la historia de Juana de Arco á proporciones normales, excluyendo de ella todo lo que no puede explicarse con los medios que nos proporciona la ciencia actual.

Andrew Lang, al contrario, parte de esta base: hay en la historia manifestaciones anormales, maravillosas, actualmente inexplicables y cuya autenticidad es innegable.

Y lo demuestra con hechos sacados de la historia de la doncella de Domremy.

En su demostración, fundada en los mismos documentos estudiados por A. France, el historiador inglés llega á conclusiones que dejan á su colega francés en “mala postura”.

Compendiándolas dice Wyzewa: “M. France, vencido por su imaginación de poeta, y estraviado por sus principios “naturalistas”, interpreta frecuentemente de un modo arbitrario la enorme masa de documentos que consulta. Más de una vez sucede que, al citar los documentos contemporáneos, éstos, ora no hablan siquiera del objeto á que alude A. France, ora lo presentan en una forma y con un aspecto enteramente diversos del que France les da”.

En una palabra, Lang reprocha á France lo que Aulard á Taine: no precisamente una falta de honradez histórica (esto no se dice abiertamente) sino de... seriedad... y, hablando francamente, de imparcialidad.

Basta la autoridad del eminente historiador inglés para enseñarnos la prudencia que debemos gastar en nuestras lecturas, procurando no dejarnos deslumbrar por citas que bien pueden ser pura fantasmagoría.

La “Revue des Deux-Mondes” nos ofrece algunas páginas en que Victor Giraud describe la vida íntima de Jacqueline Pascal, y nos permite vislumbrar el influjo poderosísimo que esa alma exquisita ejerció sobre la evolución religiosa del inmortal autor de las “Cartas Provinciales” y de “Los Pensamientos”.

Señalaré al terminar las páginas de Maurice Croiset sobre “El último de los Aticos: Menandro”. Allí, en estilo amensísimo, vienen analizados los fragmentos nuevos de Menandro, descubiertos últimamente en Egipto.

Vemos cuán leídos eran, en el mundo griego, los viejos poetas y... cuán maltratados, ya que, con páginas ó rollos de sus obras, en casos de apuro, los egipcios rellenaban los huecos que los embalsamadores dejaban al extraer ciertas vísceras de los cadáveres destinados á la “momificación”...

Algo de esto sabía Horacio Flacco, cuando dijo:

Habent sua fata libelli...

Omer EMETH

(1) Ver el capítulo final del Tomo II de los “Heterodoxos Españoles”, por Menéndez y Pelayo.

(2) Traslado á aquellos que creen en la decadencia de la lengua y literatura francesa. En Inglaterra, al menos, no hay tal, puesto que una revista como la “Quarterly” publica en francés, y en primera página, un artículo como el de Faguet.



**Regenera
y fortifica la sangre**

En toda las Boticas y Droguerías



Por mayor DAUBE y Cia., LUIS MOUTIER
y Cia., EMILIO KLEIN y BANDERA 546

“SELECTA”

Sumario del mes de Septiembre:

	Página
LOS MAESTROS MODERNOS.—Servicio de amor, Erdmann...	167
HECHOS Y NOTAS	168
CON DON CRESCENTE ERRAZURIZ, Jorje Peña Castro	169
UN LIBRO RARO, J. T. Medina.....	171
VENECIA.—Páginas de un libro, B. Vicuña S.	172
PALACIO DUCAL Y PUENTE DE LOS SUSPIROS, (tricromía)	175
ADIOS, CORDERA, Clarín	176
RETRATO DE MARIANO MORENO, (tricromía) P. Subercaseaux	178
MARIANO MORENO, (biografía)	179
EL AVE AMIGA, (cuadro á dos colores) O. Grashey	180
LA OPERA, E. G.	181
LOS GRANDES CUADROS.—La Infanta Margarita Teresa, de Velasquez	182
CONVERSACIONES SOBRE ARTE.—Don Alberto Orrego Luco, Los pintores de Venecia, R. Brunet.	183
IDILIO Y TRAGEDIA, Salvador Rueda	185
VIDA EN EL CAMPO.—El Fundo San Carlos, W.	187
EL INGERTO DE LOS ORGANOS VITALES.—El Instituto Rockefeller de N. York, Burton J. Hendrick	189
PAISAJE DE RUSIÑOL.—El autor de “El Místico”	191
ANTE LA TUMBA DE HEINE	192
RETRATO DE HEINE, (a dos colores)	193
ESCULTURA, de María Luisa Isella	194
CENTENARIO DE DON MANUEL MONTT, Wanderer.	195
DON MANUEL MONTT A LOS 39 AÑOS, retrato de Monvoisin, (tricromía)	196
LAS HUELLAS DE JULIETA, José Sanchez Rojas..	197
EN CASA LE PETRONIO, Anjel C. Espejo	198
LA MODA EN UN RESTAURANT ELEGANTE DE LONDRES	200
EL GOBIERNO DE SI MISMO, Eleodoro Astorquiza.	201
DON EDUARDO SUAREZ M., Ministro de Chile en Méjico, Wanderer	203
VENEZUELA.—El nuevo Presidente, General Juan Vicente Gomez	204
LAS DESGRACIAS Y EL GENIO, de Edgar Poë ...	205
UNA CENA DE BEETHOVEN, Julio Janin	207
SE ACABÓ EL HOGAR, cuadro del pintor chileno señor Juan E. Harris, grabado en madera por la señorita Elisa Berroeta	208

INSERCIÓN: EN EL LIDO.—Paisaje Veneciano de Don Alberto Orrego Luco



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Un año.....	\$ 10.00
Seis meses.....	„ 5.50
Número suelto.....	„ 1.00



Dirección: TEATINOS 666, SANTIAGO

LA MATRITENSE

ESTADO 98. esq. MONEDA

Esta casa ha inaugurado la nueva estación de Invierno con un selecto y escogido surtido de Casimires Ingleses.

SOBRE MEDIDA PARA

HOMBRES Y JOVENES
 Trajes de Vestón, desde \$ 70
 Sobretodos, desde..... 75
 Traje de Jaquet, desde. 110
 „ de Smoking desde 120
 „ de Levita, desde... 140
 „ de Frac, desde..... 160

Materiales de primer orden, hechuras de última moda y confección, irreprochable.



GRAN LIQUIDACION DE TRAJES Y SOBRETODOS DE MEDIDA. REZAGADOS

LA MATRITENSE
 Sastrería, Ropa Hecha
 Camisería, Sombrerería,
 Paragüería. GARCIA Y PALACIO
 :: Sucesores de Tomás Peña.



PASTILLAS ESTOMACALES
 del DR. COMAS

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor

P. PEREZ BARAHONA

Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146 Santiago

Unico importador para América, DOMINGO FIGUERAS, Santiago-Valparaíso.

LIQUEUR POMPADOUR

M. AVONTS & C^{IE}

PARIS



Depósito:
 Avenida
 Irrarrázabal 127
 SANTIAGO

AGENTE
 R. LÜTJENS
 CALLE
 ESMERALDA
 102
 VALPARAISO

DIGESTIVO

TÓNICO

HIGIENICO

DE SABOR EXQUISITO

Agua de Colonia de Flores

A tres pesos litro, media botella un peso 50[¢]



Quince mil litros de producción al año. No fue enviada a ninguna Exposición.

Agua de Colonia tipo Atkinson

Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50[¢]

Laboratorio Perez Barahona
 Portal Fernandez Concha, 918 - Casilla N° 2146 - Santiago

SELECTA

Revista Mensual
 Artística

Editada por la
 Empresa "Zig-Zag"

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

UN AÑO.....	\$ 10.00
SEIS MESES.....	5.50
NUMERO SUELTO.....	1.00